

La Esfera

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Año II * Núm. 64

Precio: 50 cénts.



UN PEREGRINO, cuadro de Muñoz Degraín

AL PÉTRÓLEO-GAL

DEBIÓ MARGARITA LOS HERMOSOS
CABELLOS QUE TANTO ENCANTARON
AL DOCTOR FAUSTO.



La Esfera

Año II.—Núm. 64

20 de Marzo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Retrato del augusto soberano, con el uniforme del Arma de Caballería, obtenido hace pocos días por Kâulak

DE LA VIDA
: QUE PASA : □

CAMPOS YERMOS Y PANERAS VACÍAS

EN las escuelas, siendo niños, se nos dijo que Castilla era el granero de Europa, que Andalucía era el jardín de las Hespérides, que ninguna otra nación tenía cielo más azul, sol más vivificador, suelo más feraz. También se nos dijo que nuestra Historia era la más gloriosa, nuestra raza la más bravía, siempre vencedora... Luego, la vida nos ha ido enseñando que aquellos libros nos engañaron estúpidamente. Así, mi generación, la que nace al agotar el pueblo español sus últimas energías en las aventuras de la Revolución y la postrera guerra civil, ha aprendido a ser pesimista en la dura escuela de todos los desencantos.

Estos días pasados, España ha sentido la amenaza del hambre. Si fuésemos sinceros diríamos que la hemos ahuyentado, más que con toneladas de trigo, con fárragos retóricos. Más fecundas fueron siempre en España las plumas que los arados. Las plumas roturan la inteligencia viva, pronta, burlona, despreocupada de la raza, donde sin cultura florecen las ideas, mientras que los arados se mellan en los pedregales de un territorio desigual, abrupto y resquebrajado por las sequías.

Así, las dos cosas más nacionales que aquí hubo siempre, fueron el hambre y la conformidad alegre para soportarla. Llegamos a hacer de ella una virtud heroica de la raza. Cuando en las historias se quiere hacer un desmesurado elogio del soldado español se le llama sobrio. El hambre fué gala de nuestras antiguas Universidades; se la tuvo siempre por natural recompensa de todo trabajo intelectual, y, hasta días muy recientes, se la encarnó y simbolizó en el maestro de escuela. Fué compañera inseparable del ingenio y del talento. Don Quijote pone la más firme esperanza de felicidad en un puñado de bellotas. Toda nuestra literatura picaresca nace de la gracia que tiene el mal comer diario y de los ingenios que aguzan la lucha con el ayuno. En Liciniano Sáez, en Caja de Leruela, en Cabarrús hay admirables datos para reconstituir y escribir una obra nacional en quien nadie ha pensado: la historia del hambre en España. ¡Aquellos caminos reales llenos de bandidos, de sopistas, de mendigos! ¡Aquel palacio Real donde un día no se pudo dar una taza de caldo al Monarca!

Pero, ahora, parece ser que nuestra raza, desengañada y dolorida, perdido mucho de su buen humor, espoleada por realidades económicas, que vienen de fuera y que la zarandean y abruma, comienza a cambiar de criterio. El pueblo español quiere comer. Ya no le bastan las calorías que infiltra en sus venas el sol misericordioso, ni le satisfacen las alegrías del espíritu, entre hipos y bostezos. Y ahora el pueblo se entera de que, aun despoblado nuestro territorio, no habiendo más que veinte millones de habitantes, donde pudiera haber treinta y cinco, España no produce frutos bastantes para su sustento; ahora se entera de que nuestra tierra es estéril y, como en Tartaria, ó como en Libia, un régimen geológico de cumbres rocosas, de mesetas áridas y de desiertos, ocupa más espacio que los contados oasis y valles donde florece la bendición de Dios y nos da, fácil y abundantemente, el pan que con tanto ahínco le rogamos.

Ahora se entera el pueblo español de que, a pesar de Columela y desde Columela, no hay una agricultura española. El arado que usan nuestros labradores es romano y las acequias que fertilizan las huertas valencianas y murcianas fueron trazadas por los árabes. Dioses mitológicos nos regalaron el olivo, la vid y el naranjo, que pueden servir para regalo de extranjeros y aun para llenarnos, en cambio, los bolsillos de dinero, pero que no sirven para amasar el pan que el pueblo necesita. Una hectárea de tierra española produce la mitad de trigo que una hectárea de Rusia, de Rumanía, de Francia. La remolacha espa-

ñola, cultivada con insuperable esmero, da la mitad de azúcar que la remolacha belga ó alemana. Había una dilatada vega andaluza, donde se producía algodón y este cultivo se ha extinguido, mientras compramos enormes cantidades a los Estados Unidos. En casi toda España los árabes hicieron de la morera y las industrias de la seda una incalculable riqueza; había telares en Sevilla, en Segovia, en Toledo, en todo Levante, en todo el sur y esa riqueza también ha desaparecido.

¿Dónde volverá los ojos el labrador español? Cuando se habla de que hay dos tercios del territorio nacional sin roturar y sin cultivar, cuando se clama contra los latifundios, contra los vedados de caza y los cercados amplios donde abastecen su fiereza los toros de lidia, contra el Pósito insuficiente, contra la usura ladrona, contra la impasibilidad de los gobiernos, no se le dice al pueblo toda la trágica verdad. No padecemos hambre, se le dice al pueblo, porque tu tierra sea estéril, sino por el acaparador, por el arancel, por los tributos, por causas que parecen fácilmente mudables y corregibles. Y el pobre pueblo espera confiadamente que algún día se restituya la antigua abundancia de España.

Todos los remedios han sido propuestos; un pueblo minero, un pueblo industrial, se ha dicho, puede vivir sin agricultura ó con una agricultura que no violente a la Naturaleza y que la deje producir los frutos indígenas de cada zona: la vid, el olivo, el naranjo, el azafrán, el arroz... Que el hombre no gaste sus energías en las tierras áridas, donde producir sea más caro que en otras tierras extranjeras. Si no tenemos trigo, tengamos dinero para comprarlo. Con los medios de transportes de nuestra Edad, ninguna nación debe aspirar a bastarse a sí misma. Echemos abajo esa muralla suicida del arancel y demos a nuestro pueblo trigo barato cosechado en Rusia, arroz de la India, carnes de la Argentina y de Australia, garbanzos de Méjico. Pero las minas, explotadas por extranjeros, y la industria sin intenso mercado consumidor, tampoco hicieron a nuestro pueblo rico, y en cambio, sin el arancel, quedarían los campos de Castilla y de Andalucía y de Aragón, yermos y despoblados. Más fecunda estas exhaustas tierras el arancel que el riego y el abono.

Otro dijo: «Mirad la admirable fuerza vivificadora de nuestros ríos cómo se va al mar. Pensad en los arenales de Egipto trocados en vergeles por los riegos del Nilo.» Y vinieron a España los mismos ingenieros ingleses que realizaron aquel milagro, parecido a un sueño faraónico, y se encontraron con que el Guadalquivir no es el Nilo... Ni el olivífero Bétis, ni el Tajo, ni el Ebro, ni el Duero, que, huraños y fatigados, como la raza, van por cauces profundos y se deshacen entre peñascales, como si huyeran de la flor de la tierra... Cortad sus corrientes, dijo otro, encauzadlos en canales más altos que sus lechos naturales, embalsadlos en pantanos, que no se desperdicie una gota de agua de las que destilan nuestras innúmeras montañas. Y los ingenieros comenzaron a hacer números y sumaron ríngleras de millones, que el Estado comenzó a gastar lentamente, tardíamente. Estos millones, que las Cortes manejan como los chiquillos las pelotas de goma, eran tri-

butos que el pueblo pagaba, eran los escasos puñados de plata y de cobre que sobran al labrador, al industrial, al comerciante, al obrero, tan exhaustos como la tierra, y mientras los millones corrian de un presupuesto a otro el agua no llegaba a los campos y los campos seguían y siguen infecundos.

Otro dijo: «Estais dilapidando los restos de la fortuna nacional. No canaliceis los ríos, sino repoblad los montes y el arbolado atraerá las nubes y las obligará a trocarse en agua de bendición.» Y otro agregó: «No repobles los montes, sino roturadlos y cultivadlos y colonizadlos, dando a cada familia labriega el trozo de tierra que baste a su sustento.» ¡Manes de don Fermín Caballero, con su arbitrio del coto redondo acasado, con el que España iba a quedar como nueva! ¿No oísteis la ira con que otro arbitrista repuso: «¿Hay locura como la de volver a la subdivisión de la propiedad, aunque se hable de cooperativas de compra y venta, de cajas Raiffesin y otras zarandajas, buenas para pueblos que no sean tan insintintivamente individualistas como el nuestro? No dividáis el latifundio ni parceleis el monte, sino industrializad la agricultura, convertid la tierra en fábrica, dadle mucho capital y mucha maquinaria. Llevad a la explotación agraria la Sociedad anónima, creed el Banco agrícola, no reduzcáis el cultivo a la producción de primeras materias. Mirad los Estados Unidos...»

Y el labriego español ha mirado así, uno a uno, a todos los países prósperos y ha visto que unos riegan, otros colonizan parcelariamente, otros industrializan, otros repueblan y él, entre tanto, con tanto remedio conocido en la farmacopea social, sigue bostezando su hambre, como en tiempos de Felipe IV, como en tiempos de Carlos II, y sus campos continúan yermos y sus paneras vacías. Con lluvia y con sol y con guerra en Sebastopol, como pedía el viejo adagio, el buen español no teme al hambre. Sin ella la mitad de nuestra Historia no hubiese sido escrita. Ni Hernán Cortés, ni el Gran Capitán, ni Zumalacárregui hubiesen tenido hombres bastantes para sus empresas, si el pan hubiese estado siempre al fácil alcance de todos los españoles.

DIONISIO PÉREZ

FOT. DUBOIS



LA MARSELLA, VIVA

Ya pasaba por la mujer más guapa de París, como Forzane es la más elegante y Cecile Sorel la más lujosa. Pero Marthe Chenal ha querido probar que una muñeca parisiense puede adquirir la belleza de una heroína de Corneille y que otra vez, como en los tiempos de la Diosa Razón, la escarapela tricolor ó el gorro frigio sientan bien á cabellos rubios.

La Marsellesa—lo dice más de un escéptico parisiense—estaba un poco desprestigiada. Mejor sería decir vulgarizada. Recurso de toda festividad municipal, seguía siempre al discurso del diputado, un «quince mil» que echaba mano de las viejas mayúsculas, la Civilización, el Progreso y la Libertad. Sólo continuaba siendo en el extranjero, el canto ardiente de redenciones y rebeliones.

En Pekín, en Constantinopla, en Lisboa, en donde quiera que se demolió un feudalismo y

soldados lívidos. Y á la entrada de los metropolitanos, nenaz pálidas, con gorrito belga, os piden, en un francés dengoso, cinco céntimos para pan. Comprenderéis que es necesario rugir la Marsellesa sobre esta lamentable turba.

Que sobre las miserias particulares pase, como un viento de Dios, la antigua admonición: «Hijos de la patria, ha llegado el día de gloria.» Llegará, todos lo creen, pero tarda. En esta guerra de madrigueras sólo se ganan centímetros. El entusiasmo se va desmenuzando en aburridos minutos bajo este cielo de invierno lóbrego...

Entonces canta Marthe Chenal. Si yo me llamara Joffre, la haría recorrer algunas trincheras cada noche.

¿Recordáis á esos soldados de Maupassant que sopotaron marchas forzadas sonriendo porque los acompañaba una mujer bonita?

Canta Chenal y parece que todas las miserias se disipan. La voz, de maravilloso timbre, exalta la patria nueva, cuando se desmoronen las tiranías—la regia ó la prusiana, da lo mismo.

Esos «feroces soldados» de la canción, ¿no son los que han cometido las atrocidades publicadas en los periódicos?

El público, de pie, aterrado, oye pasar ese grito de rencor y de júbilo que sugiere un paisaje de incendios y la guillotina triunfal para todo enemigo. Los semblantes se crispan y los más áridos ojos se nieblan. Cerrándolos por vergüenza, ya no sabemos quién canta.

¿Es Francia entera la que exhala esta dulce voz? Nos promete lo soñado tantas veces, lo que hoy parece utopía cuando

se inauguraba una libertad, la entonaban voces roncadas. Era el gran veneno de heroísmo para las juventudes conspiradoras; y significaba para ellas una Francia de ayer, la que en los románticos augurales como Quinet ó Michelet, era sinónima de locuras exorbitantes.

Y he aquí que el viejo canto adquiere en Francia un sentido nuevo y hondo. Viene á «verter heroísmo al corazón de los ciudadanos» como en el verso de Baudelaire. No la necesitan los ciudadanos que combaten. En los campos de batalla sólo hallé gravedad y un patriotismo enconado que no necesita estimulantes. ¡Pero los que se quedan!

Los que se quedan son dignos de compasión. Ya un periodista travieso, compuso la «elegía de los hombres de cincuenta años». Se necesitaría agregar la «endecha de las mujeres». No tienen unos y otros para atizar el alma, ese irritante olor de pólvora, y la necesidad de venganza cotidiana, y la maravillosa orquesta de los cañones, todo lo que sacude y galvaniza. Yo, que volví de la línea de fuego con los bolsillos repletos de cartas de soldados, hallé en París á madres ó esposas pálidas que temblaban, á mis primeras palabras, con un calofrío de inquietud. Cada paso en la escalera puede traerles una noticia funesta y alguna me contó la pesadilla de sus noches: «Tal vez ha muerto, está herido quizás...» A cada instante las calles os sugieren lo mismo. Transitan mujeres de luto. Con la pierna rota ó el semblante desfigurado, pasan

rosa: gloria y paz á los pueblos de buena voluntad.

Diez veces por lo menos se alza el telón para que venga á saludar Marthe Chenal, roja y magnífica como esas vírgenes del «terror» que iban cantando sobre las cureñas de los cañones. Es en París actualmente la ideal República, la que vimos simbolizada en telas y mármoles, Belona encantadora y Palas Atenea de lindos labios. Miro á todos lados para admirar cómo esta frágil muñeca, puede renovar en un instante los entusiasmos. De aquí saldrán las mujeres más resignadas, los militares convencidos más resueltos... ¡Que no sólo de pan sino de Marsellesas vive el hombre!

MARTHE CHENAL

Célebre artista de la Opera Cómica, de París, que entusiasma en estos momentos á los parisienses cantando La Marsellesa vestida de «República» y con la bandera tricolor

VENTURA GARCÍA CALDERÓN
París, 1915.



LOS GRANDES PINTORES ESPAÑOLES

ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN



El insigne pintor D. Antonio Muñoz Degrain, en su estudio

FOT. CAMPÚA

Antonio Muñoz Degrain nació en Valencia el 18 de Noviembre de 1840. Su vida, tan extensa, ha sido consagrada por entero al arte. Ha saboreado todos los triunfos; ha recibido todos los honores á que puede aspirar un artista en España. Desde 1862, su nombre no ha dejado de figurar en todos los catálogos de Exposiciones Nacionales. En ese año su cuadro *Los Pirineos*, obtuvo mención honorífica. En 1864, tercera medalla por su paisaje *Valle de la Murta*. En 1867 y en 1872, segundas medallas por el paisaje *El Pardo* y el cuadro *Coro de monjas*, respectivamente. En 1881 y 1884 las primeras medallas por dos lienzos que habían de alcanzar la más alta y envidiable de las celebridades: *Otelo* y *Desdémona* y *Los amantes de Teruel*. Por último, el año 1910, con una rara unanimidad de todos los artistas contemporáneos, se le otorgó la medalla de honor al conjunto de obras fué «pensionado de mérito» á Roma, dirigió la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, recibían su nombre cuatro calles de otras tantas capitales españolas: Málaga, Valencia, Teruel y Oviedo. Además de los cuadros citados anteriormente, sus obras más notables son: *Chubasco en Granada*, *Ecos de Roncesvalles*, *Los colosos del bosque*, *La conversión de Recaredo*, *La inundación*, *Payaso sílbado*, *Drama en la sierra*, *Sierra de los Gaitanes*, *Fiesta nupcial en Venecia*, y este admirabilísimo *Coloso de Rodas* que, pintado á los setenta y cuatro años, es un prodigio de armonía, de composición y de ejecución enérgica, briosa...



“El coloso de Rodas“, última obra de D. Antonio Muñoz Degrain

MUÑOZ DEGRAIN Y SU OBRA

EN 1856, un muchacho de dieciséis años, hijo de un modesto relojero de la calle de la Cruz Nueva, de Valencia, imaginó y realizó una romántica hazaña, incomprensible para los hombres de este siglo. Marchó a Roma a pie, con unas cuantas monedas en el bolsillo y unas ilusiones infinitas en el cerebro. Quería caer en manos de los bandidos de Salvador Rosa y pintarles como el los pintó, sobre un fondo de ruínas clásicas envueltas en la plácida luz de los vésperos romanos. Italia fué su primera maestra en las dos artes de la pintura y de la vida.

Cincuenta y ocho años después, en 1914, aquel mismo adolescente, oculto en el cuerpo de un viejo fuerte y glorioso, hace a Valencia el espléndido don de las obras realizadas, de los trofeos ganados durante su vida tan próspera en triunfos. Y no sólo entrega a la ciudad natal todos los tesoros de sus vitrinas, todos los lienzos antiguos de su pinacoteca, todos los cuadros de su estudio, sino que la envía cuantas obras pinta actualmente, en un amplio desbordamiento de amor.

Hace muchos años que la calle Nueva lleva el nombre del hijo del relojero: Antonio Muñoz Degrain.

ooo

¿No es lógico que nuestra pluma tiembale y que una sagrada inquietud nos con-

mueva al llegar al umbral de este gran artista? No la breve y mezquina extensión de una crónica periodística, sino la amplitud de un volumen bien nutrido de lectura, fuera precisa para hablar de Antonio Muñoz Degrain, cuya existencia es hermana en la energía y la fecundidad de la de aquellos hombres del glorioso Renacimiento.



Muñoz Degrain con su discípula, la notable pintora Srta. Flora Castrillo

Idénticos, ó acaso más admirables, fresca y vigor hallamos en sus obras recientes que en las comenzadas en plena juventud. El tiempo parece un esclavo suyo y lo respeta. Como un fuerte árbol de ramas frondosas ha visto desaparecer varias generaciones a las que fuera propicia y grata su sombra. Cada primavera sonríen en la recidumbre oscura de su corteza los verdes jugosos de los brotes nuevos.

La misma sana madurez, igual romántica idealidad que en sus cuadros, se observa en el maestro.

Muñoz Degrain aparenta poco más de cuarenta años. Pone tal optimista energía en sus palabras, le chispean con tal entusiasta juvenilidad las pupilas detrás de las gafas y muestra en toda ocasión tan apasionado amor al trabajo y tanta alegría de vivir, que suspende y maravilla. Su habla es pintoresca, fácil, exuberante, llena de colorido y seducción. A veces se asoman a sus labios nombres y episodios tan lejanos, que parecen agitar en torno nuestro el polvo de unas ruínas; á veces se le oyen opiniones y observaciones de un radicalismo y una modernidad que sorprenden por cómo demuestran la sutil adaptación á un aspecto necesariamente anulador de los aspectos pretéritos.

En su estudio de la calle de Olózaga, junto á cuadros y retratos suyos evocadores de una época anterior á la re-



“Jesús en el Tiberiades”, cuadro premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes

volución, se ven cuadros de hoy: tierras sagradas de Oriente, jardines quiméricos, ásperas cumbres ingentes de sierra, ó los lienzos en que vibra toda la nostalgia de su espíritu enamorado de los helénicos tiempos. Al lado de apuntes y bocetos de Rosales y de Fortuny, bocetos y apuntes de muchachos que ahora empiezan á imponer su nombre...

No se olvide que el maestro ha presenciado sesenta años de la historia de la pintura española. Sesenta años que surgen en juicios atinadísimos, en anécdotas curiosas, de la voz cálida y grave de Muñoz Degraín, una voz que vibra con idéntico apasionamiento para las censuras que para los elogios. Porque esto es lo que caracteriza al gran artista. Su ímpetu agresivo, tozudo, de hombre de acción. Es una voluntad en marcha que no ha sentido jamás desfallecimientos; una sólida independencia de criterio, hija de la confianza en sí mismo y de la energía con que siempre hizo respetar su arte y sus derechos.

Además está siempre asequible á todas las renovaciones estéticas. Para él el arte no se empequeñece en un simple conjunto de reglas fijas y anquilosadas. Cuando una emoción llama á su espíritu, no la pregunta si es hermana de las anteriores emociones que florecen dentro de su jardín interior; cuando una estética nueva se ofrece ante su mirada, no cierra los ojos, sino que la estudia, la analiza, y si es bella, la conquista para su ensueño. Este culto del ensueño es lo que vuela constante en su obra. Por eso esta obra tan varia, tan protéica, será inmortal...

□□□

En Muñoz Degraín hay que establecer la diferencia clara y manifiesta de sus dos



Un rincón del estudio de Muñoz Degraín, en Málaga

aspectos artísticos: los cuadros de figuras y los paisajes.

En los primeros, desde una de sus obras maestras, *Los amantes de Teruel*, hasta su otra obra maestra, *El coloso de Rodas*, hay una serie de lienzos interesantesísimos y perfectos. Los históricos como *Otelo* y *Desdémona*, *La conversión de Recaredo*, *Isabel la Católica ofreciendo sus joyas para la empresa de Colón*, *Isabel la Católica orando*, *Méndez Núñez herido á bordo de la Numancia*, *Safe*, etc.; los realistas como *El payaso silbado*, *La oración*, *La caridad*, *Fidelidad*, *La inundación*, *Un eremita*, *Madrugada trágica*.

Sin embargo, el maestro prefiere la pintura de paisaje. Se ha complacido más veces en ponerse delante de la Naturaleza para interpretarla de un modo asombroso que del hombre para expresar sus dolores y regocijos humanos. Casi nunca coloca figuras en sus paisajes. Y cuando lo hace es siempre como detalles accesorios de tan poca importancia y tamaño, que antes sirvan de comentario á la grandeza natural, que la estorben y perjudiquen atrayendo hacia sí las miradas.

En estas mismas páginas hemos dicho en otra ocasión (1):

«Muñoz Degraín ama el paisaje con absoluta esclavitud de apasionado: de un modo exactamente adaptable á las distintas almas que los paisajes tienen. Así su pincel es sereno ó atormentado, plácido ó impetuoso. Tiene cuadros en los cuales el color grita y cuadros donde es un *lied* dulcísimo: valoraciones y relaciones agrias, ásperas, incansables, de un primitivismo feroz de tan ingenuamente como

(1) «La pintura al aire libre y el paisaje». Número 42 de LA ESFERA.»



Detalles del estudio de Muñoz Degraín, en Madrid

FOT. CAMPÚA

están resueltas y sabias armonías que funden, nieblan los matices como un perfume formado de cien colores distintos, pero unidos en el misterio del ambigüo.

»Aquejado de ese amor á los horizontes que tan conveniente es á las renovaciones estéticas, Muñoz Degrain ha sido un trotamundos. Las serranías de Córdoba y de Málaga, los canales venecianos, el Guadarrama austero, Granada la bella, Escocia la romántica y, por último, el Oriente maravilloso, han quedado en sus lienzos con toda integridad.»

Uno de sus más bellos paisajes es el titulado *Chubasco en Granada*, que representa también una de las escasas obras maestras del Museo de Arte Moderno.

Da una sensación de verismo tan exacta, que no podemos contemplarla sin admirativo respeto. Antes de quedar eternizada con tan incomprensible maestría la melancólica nota, tal como la conocemos, Muñoz Degrain la empleó como fondo de un rapto en el siglo XVII. Pero comprendió en seguida la enorme importancia del ambiente y borró las figuras. Sólo quedó como protagonista la lluvia que se ve caer, que se ve agitada por el aire en ese rincón silencioso de la vieja Granada.

Quizás sea este con los del Guadarrama, los de las serranías y jardines andaluces, donde la imaginación de Muñoz Degrain se sujetó más á sí misma y miró con la mirada—siempre romántica—contemporánea, en vez de mirar de un modo retrospectivo como en la mayoría de sus obras de paisajista.

Quiero decir que cuando Muñoz Degrain pinta una ciudad, una campiña, un simple trozo de naturaleza que perteneciera al pasado, vé el aspecto pretérito á través del actual. Reconstruye imaginativamente las ruinas; prescinde en parte de las cosas como son para pintarlas como eran, y



«Paisaje de Roncesvalles»

reconstruye el paisaje, dotándole de la vida verdadera que tuvo en los siglos hundidos.

Así están conseguidas sus evocaciones de la antigua Italia, de la Grecia inmortal, de los episodios y ambientes de la Edad Media.

Y Magdala, Tiberíades, Cafarnaum, las santas montañas de Galad, Nazaret, Corozain, la llanura de Genezaret, recobran toda su majestuosidad bíblica y Cristo y los hombres que le amaron ó le persiguieron, ya no son vagas sombras, sino

menos de consagrar largo número de páginas á este maestro á quien ni la gloria ni los años han abrumado y cuya vida será siempre un ejemplo y consuelo para todos los hombres de recia voluntad, de bello corazón y de imaginación soñadora.

Y al describir su obra, sería como empavesar naves de ilusión para surcar mares ideales y quiméricos...

SILVIO LAGO



«La inundación de Murcia»



«Chubasco en Granada»

Cuadros del insigne artista D. Antonio Muñoz Degrain

ARTE CONTEMPORÁNEO



MADRUGADA TRÁGICA, uno de los últimos cuadros de Muñoz Degrain



EL SANTO SEPULCRO

Pintura mural de la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, obra del ilustre artista D. Antonio Muñoz Degraín

CUENTOS ESPAÑOLES

LA SANTA

ANTES de entrar se detuvo, mirando furtivamente á la calle, como temerosa de haber sido vista. El lacayo abrió la mampara de gruesos cristales biselados en cuya superficie ostentábanse, deslustradas, las cifras de la casa bajo la ducal corona, y dejó pasar: á Isabel Ana, sonriéndole con ese gesto indefinible, mitad irónico saludo, mitad humillante compasión, que inspiran á los viejos sirvientes los parientes pobres de sus amos...

—Buena hora de recogerse, señorita Isabel Ana!

—Calle usted —ordenó, imperativa y preguntó: —¿La señora no se habrá levantado todavía?...

—Naturalmente que no se ha levantado la señora—respondió recitente.

Se mordió los labios por no contestar. ¡Estaba tan acostumbrada á tales insolencias!

Isabel Ana abrió la escalera muy aprisa, saltarina y nerviosa, apoyándose en la punta de los pies. Bajo el negro gorrito de piel que le cubría casi hasta las cejas, el rostro, muy pálido, se enmarcaba por las crespas marañas, de oro viejo, de la cabellera despeinada.

Al llegar á la meseta descansó. Tuvo un brusco movimiento de calorío que transmitió á todo su cuerpo una vibración é hizo tintinear las medallas de la cadena que pendía de su garganta, y espurrió el agua recogida en el abrigo por la persistencia de la lluvia, finísima como orbayo, que sobre Madrid caía desde el amanecido.

Apercibió el llavín y abrió, cautelosamente, la puerta del piso.

La tibieza perfumada de la antecámara le dió en el rostro como una plácida caricia de hogar. Lentamente, de puntilla por no hacer ruido, tactando en la obscuridad que las ventanas, cerradas, mantenían aún, Isabel Ana dirigióse á su departamento, contiguo á las habitaciones de prima Teresa. Tras la entornada puerta del dormitorio, la prima dormía aún.

Isabel, en su alcoba, sintió huir ahuyentadas por la triste luz mañanera de aquel día de Febrero, todas las inquietudes sufridas desde la noche anterior en que su propia caridad, más que la altanera exigencia de la prima, le había obligado á correr junto á la cama del enfermo, solitario en la fría baranda del hotel, para velar con solicitud de enfermera el crítico amodorramiento de la fiebre.

Destocada del sombrero, Isabel Ana se hundió en el mullido regazo de la butaca que ante el balcón había, y esperó á que Teresa se levantara.

El Prado, solitario en aquellas primeras horas de la mañana, se atería bajo el frío de la invernada. Las largas filas de árboles escuetos, recortados sobre el fondo gris denso del cielo, cabeceaban lentamente, escurriendo, por la seca maraña del ramaje, las gotas de la lluvia. Cruzaban veloces, envuelto en el livor amarillento de sus luces, los tranvías que elevaban en el silencio la vibración de sus campanas. Silbaba, á lo lejos, una locomotora.

La frontera línea de edificios, cerrados de ventanas y balcones, levantaban en Isabel la triste impresión de ser la única pobladora de aquella ciudad vacía y en su mente acrecentóse la visión clara de toda su soledad en aquella casona que la forzada caridad de tía Mercedes, le hubo de ofrecer á raíz de la muerte de su madre y en donde la marchita juventud de la huérfana transcurría con el fastidio de un bostezo, y la inquietud de una intrusa, bajo la rigidez severa y adusta de la tía, y la caprichuda y altanera condición de prima Teresa que tenían para la desvalida mujer, aquella sobrina política de marido muerto, todas las impertinentes altiveces de su condición y de su rango.

Ante los ojos anchos y profundos de Isabel Ana, que se aquietaban en una mirada obsesa, como abstraída en la contemplación de recónditos pensamientos, fué desfilando, ahora, toda su vida presente abrumada bajo el peso de tanta humillación. Y la crisis sentimental, que la febrilidad nerviosa del insomnio provocara, tuvo, en aquellas horas silenciosas y tristes de la mañana invernal, un florecimiento de lágrimas que fluían de los ojos, mansamente, humildemente, y corrieron, hilo á hilo, por sobre la blanca palidez del rostro, hasta amargar los labios entreabiertos en un suspiro que no acababa nunca...

—¡Isabel Ana!

Volvió la cara. Era la prima. Ante ella, Isabel, excusó:

—No he querido despertarte. Vine hace poco. Sin responderle, preguntó:

—¿Cómo está?

Tuvo un generoso instinto de mentir. Teresa, impaciente, golpeó el suelo con el pie.

—¡No oyes, hija! ¿Cómo está?

Aún no quiso hablar, vaciando la réplica. Pero Teresa, exaltada en la violencia de su carácter:

—Cuidado, Isabel Ana, estás estúpida de puro boba!—exclamó.—Contesta de una vez.

Y, friamente, como gozándose en el dolor que sus palabras produjeran, Isabel tuvo, en revancha de la injuria, la cruel voluptuosidad de toda la verdad.

—Mal, muy mal—explicó.—La noche la pasó

con fiebre muy alta. Los médicos no se apartaron de la cabecera y han convenido en la urgencia de telegrafiar á sus padres. De madrugada fué preciso apelar al gorro de hielo, porque según el doctor Ribalta, el ataque cerebral es inminente...

Algo más quiso decir, colocada ya en el camino de tortura emprendido, pero le contuvo la atormentada actitud de la prima que rompió en un sollozo:

—¡Dios mío! ¡Virgen de mi vida!

Y la vió salir llorando, vencida por el brutal mazazo que la trágica revelación había descargado sobre el sagrado de sus ilusiones, mientras Isabel Ana sentíase ahogar en una ola de arrepentimiento y sus labios se fruncían con el rictus siniestro de una sonrisa de vengadora.

Sola de nuevo, Isabel, cayó sentada sobre el lecho, sin deshacer, una pierna sobre la otra y el rostro apoyado en la palma de la diestra, mientras mordía la yema de los dedos en un recóndito sentimiento de cólera hacia su propia crueldad.

Meditaba. Todo su presente, evocado por no sabía qué raro sortilegio, se mostraba á su consideración aumentando el pavoroso misterio del futuro, si la amenaza de tía Mercedes llegara á realizarse, siempre que toda la voluntad de Isabel Ana no se sometiera, anulada y desaparecida, ante la firme voluntad de Teresa.

Y en más de una ocasión, cuando tras la violencia de una escena que la irritabilidad de la prima había provocado, doña Mercedes llegaba, interesosa, la huérfana sintió la dolorosa oleada de

la vergüenza ascender hasta sus mejillas y romper en lágrimas, bajo la voz de la tía que reñía hurafía:

—¡No te permito, ¿lo oyes bien, Isabelona? No te tolero que así violentes los deseos de Teresita. Es mi hija..., lo único que tengo en el mundo... Y no es cosa de que tú vengas de la calle á perturbar la tranquilidad de por quien diera la vida si con ella allanara los obstáculos de su camino.

Y la madre, en el sagrado egoísmo de una maternidad que era infamia, salía con la hija, que fingía pesadumbre, mientras comentaba á manera de caricia:

—Déjala, hija mía, no le hagas caso. ¡Demasiado trabajo tiene con no saber agradecer cuanto hacemos por ella!...

Pensaba Isabel, y, á despecho de cuantas negruras presintiera en su futuro, experimentaba una honda, íntima sensación de reproche en la que la voz de la casta se elevaba en implacable demanda de rehabilitación al honor maltrecho. Y en su alma, rebelada con esa firme rebelión de los débiles que se deciden por suprema cobardía, se grabó la decisión inquebrantable de huir, de irse de aquella casa, de abandonar aquel hogar en que, desde su llegada, fué dejando girones de la propia dignidad en un trágico duelo á muerte entre la necesidad de vivir y la enorme miseria que la vida le mostraba; alejarse de aquella casa donde en los semblantes de señores y criados veía la huérfana el gesto de una hostilidad, que era cansancio de la carga, en doña Mercedes; que era rivalidad de belleza y juventud, en prima Teresa; que era altivez cínica y soez, en la servidumbre.

Se interrumpieron sus ideas á la nueva entrada de la prima que llegó precipitadamente.



—¡Isabel Ana!...

Teresa se llegó hasta ella, se aproximó mucho. La constante audacia del gesto altanero había trocado en una sumisa expresión suplicante. La acritud imperiosa de su voz se había dulcificado en más tiernas inflexiones. En toda ella dejábase ver una dolorosa actitud de abatimiento que se acercaba contra Isabel Ana en una plegaria muda.

Asombrada la prima por tan insólita mutación, repetía:

—¡Teresa!... ¡Mujer!... ¿Qué te sucede?

En aquel momento la bondad de su alma de mujer ungióse de ternura. Y una honda satisfacción del propio egoísmo acariciado se elevó de su íntimo y floreció en una tenue sonrisa al verse solicitada de auxilio por aquella mujer, dominadora de siempre, que ahora lloraba junto a ella.

—Por tu vida, por cuanto quieras en el mundo, por tu madre, Isabel Ana... ¡cállalo todo!

—¡Eh!...—hizo, sin alcanzar la petición.

—Mamá ha sabido lo que has hecho... Se lo dijo el portero, lo confirmó la doncella... ¡Cállalo tú, por Dios, Isabel! Que no sepa mamá dónde estuviste...

—¡Pero!...—arguyó la prima.

Y Teresa, sin dejarla hablar, se abrazó fuertemente a la prima y cogiendo entre el temblor convulsivo de sus manos, la cara sorprendida de Isabel Ana, murmuró con voz que era dolor de despedida, apacentamiento inefable de presentidas felicidades:

—Si hablaras, Isabel Ana, ¿qué sería de mí, qué de este loco cariño que le tengo y al que tan ciega oposición hace mi madre?... ¡Si tú supieras lo que es este querer con toda el alma!

Isabel Ana la rechazó suavemente, esquivando su cara a los besos con que la prima quería arrancar la plena concesión del silencio, silencio de afrenta que había de hundir a la inocente en el vergonzoso misterio de una noche pasada fuera del hogar...

Teresa junto a la prima, observa en suspenso la inmutabilidad de Isabel que, cerrados los ojos, la boca contraída en un frunce de amarga zozobra y la cara erguida, callaba como en atención y escucha de alguna misteriosa relación que de lo alto caía sobre el palor radiante de la frente, elevada en aquel instante, como una eucaristía de sacrificio... ó de liberación...

—¡Isabel Ana!

Lentamente abrió los ojos. Doña Mercedes, en el umbral, la miraba con toda la fendiente alfiler de su orgullo, reflejado en sus pupilas torvas y acusadoras. La hija, temerosa por la llegada de lo inevitable, se ocultó tras la prima que, en aquellos instantes, era para ella amparo y refugio.

—¡Isabel Ana!—volvió a farfullar doña Mercedes.

—Tía—dijo, al fin, Isabel, con voz que tenía firmes acritudes de reto.

Las dos mujeres, frente a frente, se miraron a los ojos. Y de ver era la fija fiscalizadora de doña Mercedes, frente a los ojos claros y serenos de la acusada, que mantenía la mirada con una fija de calma, tan grande, que era paz interior, heroica tranquilidad de martirio, que era, también, sagrada decisión al último sacrificio...

Doña Mercedes, implacable, acusó en imperiosa exigencia:

—Es preciso—repetía,—es preciso, Isabel Ana, que lo confeses todo. Me lo dijeron los criados, lo veo yo en el orden de las ropas de tu cama... Dónde estuviste y... ¡qué fué de tí!... Habla, responde, ya que tuviste la ingratitud de hacer caer sobre esta casa, que debió ser sagrada, toda la vergüenza del deshonor...

No contestaba. Aquel era el momento en que había de resolver la orientación de toda su vida. La acusación, certera como un floretazo, le dolió en el corazón y hendía la blancura impoluta de su alma con la buida daga de la sospecha humillante. Vaciló. Fué a defenderse, a gritar, a exigir con todos los bríos de la dignidad ultrajada un poco de respeto ó un poco de piedad.

Miró a la tía, claramente, altivamente. Junto a la madre, prima Teresa rompió el difícil silencio.

—Madre, madre—suplicaba,—perdona a Isabel Ana...

Y se abrazó, llorando, al cuello de la martirizada. Fué entonces cuando la indignación de doña Mercedes, roto el dique, puso el epílogo de crueldad. Bruscamente, se interpuso entre las dos mujeres y separándolas, barbotó, exaltada como en un vértigo de repugnancia.

—No, hija mía; eso no. Déjala sola. Ven. Que no es bastante la bondad de tu corazón para que te contagies de tanta vileza...

Y encarándose de nuevo con Isabel Ana, concluyó, solemne y vertical, como un anatema:

—Por que tu contacto mancha... ya, Isabel; porque tu presencia repugna en esta casa, donde fuiste querida como una hija, cuando no merecías más consideración que una mujerzuela... y donde no debiste volver nunca...

La dura frase silbó en su rostro como un trallazo.

—¡Tía! ¡Teresa! Un poco de piedad, que no fuí tan mala... ¡Dios lo sabe! Y mi madre, desde el cielo, lo sabe también. ¡Madre mía!...

Rompió a llorar desconsoladamente como perdida en la inmensidad trágica de la vida, y cayó tronchada sobre el lecho, la cara entre las manos y la cabeza hundida en los almohadones, bajo la mirada señera de doña Mercedes, que repitió:

—...Y donde no debiste volver nunca. ¿Lo entiendes, Isabel Ana? Porque donde pasaste la noche has debido quedarte para siempre... ¿Lo entiendes, Isabel Ana?

ooo

Tras la vidriera, Isabel Ana, quieta en esa calma trágica que precede a las grandes decisiones inquebrantables, se abrumaba en recónditas meditaciones. Durante todo el día, desde la hora en que sintió pesar en su frente el estigma siniestro que sobre ella cayó desde los labios de la tía, su alma, unida en la desesperada forta-

aplástó todo razonamiento de esperanza. No fué, lo acaecido, sino explosión de la esquivo pesadumbre con que su presencia fué soportada por la tía. Y en la generosa é hidalga complejión de su temperamento se grabó, al fin, la norma exacta de su deber. Y su propio honor mancillado—del que sólo la duda fuera mancilla—buscó el desquite á costa hasta del propio egoísmo, derrotado ya. Que bien bastaba, á tanta humillación sufrida, el orgullo de mostrarse generosa ante los ojos de la prima, á la que prodigaba el auxilio de su silencio.

Por otra parte tenía ella derecho, sin caer ante su propia conciencia en abominable pecado de crueldad, á truncar la felicidad de Teresa, encarnada en aquel noviazgo al que la sórdida condición de tía Mercedes oponía la barrera tenaz de su intransigencia?

ooo

Salió á la calle. Un frío penetrante le acuchilló el rostro, haciéndola lagrimear. Anduvo unos pasos y volvió los ojos. Tras el cuadro de oro de los balcones iluminados, la figura de la prima recortaba su silueta en vencida actitud de pesadumbre.

Era el dolor, que sobre ella batía también sus alas; que era ley de vida no evadirse del trágico contagio...

Y en un refloreecer de tardío cariño, supo sen-



leza del dolor, tuvo la rápida visión de su estado actual, lejos de la vida que, para ella, jamás cantaría en un solo momento de felicidad; apartada de cuanto fuese dulce apacentamiento del espíritu; rota toda esperanza, sin que jamás entre las densas neblinas del futuro, viera surgir la piedad de unos brazos que se tienden en ofrenda de amparo; ni en el cielo negro de su horizonte fulgiera la luz de amor de unos ojos que fueran faros de ilusión...; ni en la fronda marchita de su jardín floreciere la flor de una sonrisa; ni en el gélido ambiente de su hogar, vacío de amores, encontrase la dulzura tibia de un pecho donde reposar el dolor de su frente; blanca y marfileña como una hostia que esperaba la consagración de un beso que no llegaba nunca...

«No mereces más consideración que una mujerzuela».

Sintió la inaplazable decisión de hablar claro, de contarlo todo, á despecho de desgarrar, con la confidencia, los anhelos de amor que vivían en el alma de prima Teresa.

Aprisa salió de su departamento, atravesó el pasillo, cruzó la antecámara y llegó á las habitaciones de la tía.

La doncella le salió al encuentro.

—La señora—dijo—salió esta tarde con la señorita Teresa.

Le abatió una gran desesperanza. A los momentos de decisión sucedía, ahora, la clara evidencia de su estado. Mas la lógica enorme

tr la indulgencia que merecía aquella pobre niña débil, caprichuda y vacua que se consumía de amor por un hombre, hacia el que no supo sentir el heroísmo de cederle á despecho de las férreas ligaduras maternas...

Después, siguió andando, sin rumbo fijo, sin saber á dónde...

Flaqueaban su voluntad y sus músculos... Aún continuó. Iba hacia adelante, hacia donde el azar la empujare, romera de dolor, sin mano que fuere guía ni labios que le ofrecieran consuelos de peregrinación.

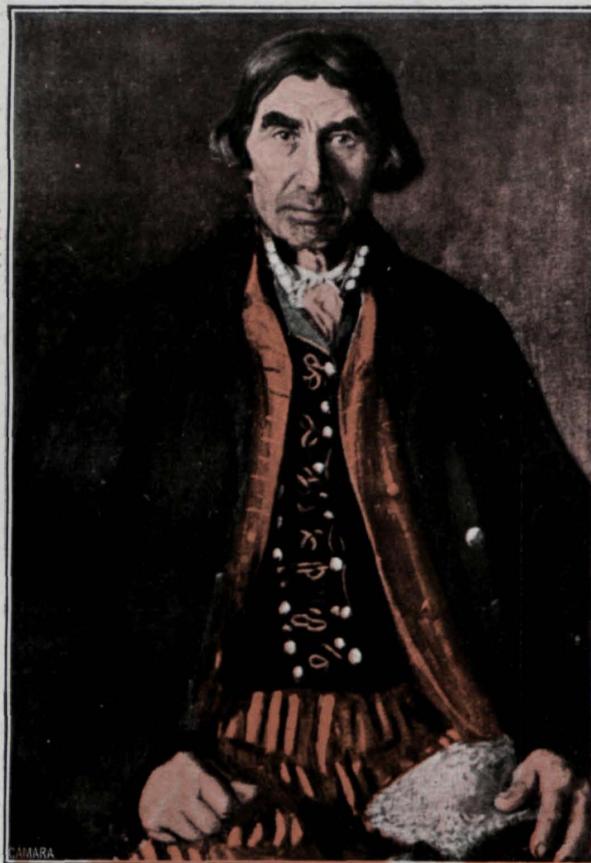
Iba allá, hacia la abyección ó la santidad, hacia la risa ó la miseria que, en aquella hora solemne del destino era, para la huérfana, sombra y enigma impenetrable.

Vacilaba como ébria y hubo de arrimarse á un árbol por no caer. Miró en todas direcciones. La calle estaba solitaria bajo el frío de la lluvia...

Y fué entonces cuando, sola y perdida en la inmensidad de la noche, sintió todo el desconsuelo de su abandono agolparse á su frente, oprimir su pecho y apretujar en su garganta con un hipo convulsivo... Sus manos, crispadas, se tendieron al vacío como en impetración de misericordia y se abrazó al árbol, llorando con sollozos que eran vagidos de niña que busca cobijo en el regazo de la madre ante el miedo pavoroso á lo desconocido...

Luis G. HUERTOS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



PROVECHOS DE LA GUERRA

LA SOMBRA DE KOSCIUSKO

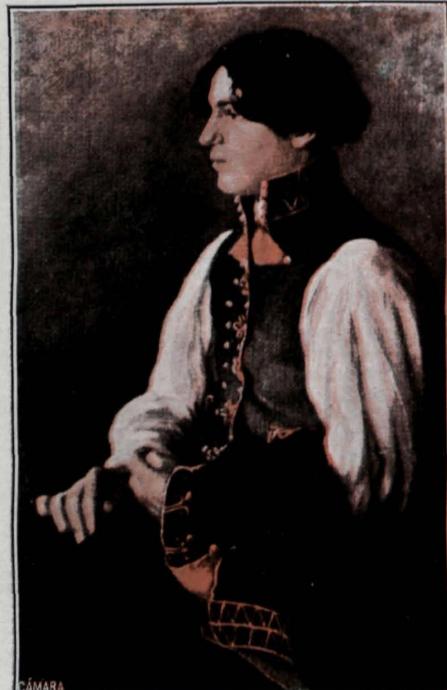
EN este agitar de seres y cosas, que el viento guerrero arrasa y destruye, desátanse, de nuevo, las iras de los hombres sobre una tierra que parece maldita de todas las maldiciones.

Una raza sufrida que constantemente sintió

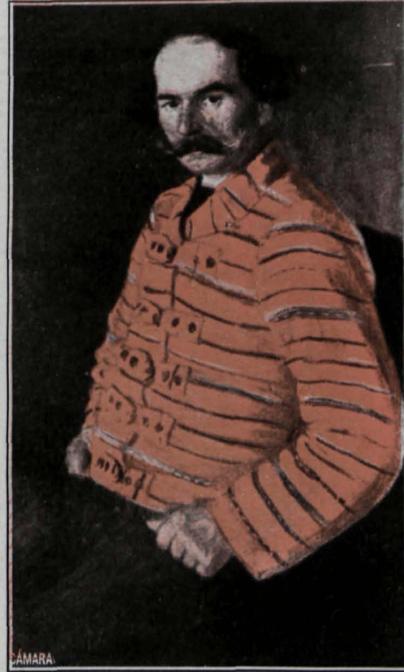
sobre sus hombros la férrea mano que sobre ella pesa, hállase entremezclada en una contienda de la que jamás pensó sacar provecho alguno, como no fuera el pensar que podría cambiar de señor, según la suerte favoreciera á uno ú otro adversario, pero que nunca habrá para ella

esa mirada de compasión con que á veces los más grandes suelen proteger á los humildes.

¡Polonia! Nombre legendario en la historia de pueblos oprimidos ve cómo en sus campiñas y á través de sus ciudades se desangran los que hasta hoy fueron sus amos y aquellos que muy



Polacos, con sus trajes típicos



bien pudieran serlo en días venideros y si así le pluguiese al Dios de la guerra.

Poética, soñadora al par que de fiereza no desmentida, la raza polaca tiene sus héroes á los que dedica santas oraciones patrióticas y acaricia dulces esperanzas que ve lejanas de la realidad, pero que no por eso abandona al olvido en el fondo de sus corazones.

Ved á los polacos, judíos á la moderna que se alzaron de su patria cuando para ellos sonó la definitiva palabra de opresión y adquirieron la certidumbre de que jamás sería substituída por la de libertad. Por el mundo van. Tres millones traspasaron la frontera vecina y en el imperio dualista que tantas conexiones tiene con ellos sentaron sus plantas, tratando de hallar entre las abruptas montañas húngaras ó junto á los melancólicos lagos y paisajes, ambiente que les recordará el que allá en su país dejaban. Ved á los otros, á los que prefirieron la Prusia con su férrea armadura, con su potente existencia de trabajo y producción. Allí pueblan sus fábricas, sus talleres y son esclavos— ¡siempre la misma palabra para ellos!— del destino que les ordena ganarse duramente la vida. Cerca de tres millones son los que habitan los territorios del Kaiser y éstos, como sus hermanos de Hungría, huyeron de una Polonia aplastada por la voluntad del imperio ruso.

Algunos de ellos, ni siquiera vieron la luz del día, ese momento que con emoción recuerda todo ser humano, bajo el mismo cielo que sus padres. Estos se habían alejado de sus casas y ellos comenzaron su peregrinación por el mundo, naciendo en el destierro, que no por ser voluntario deja de ser, á veces, más amargo.

La tradición les ha acompañado y muchos días, al caer el sol, cuando sus cuerpos se rinden ante la pesadumbre del trabajo y van en busca del natural descanso y de algo de alivio para las turbulencias de su alma, estos polacos que habitan en lejanas tierras, han oído de labios paternos, el relato de cómo su patria dejó de ser un estado independiente, porque así fué la voluntad de otros hombres más fuertes que ellos y han escuchado en momentos de místico fervor oír relatar las hazañas de Tadeo Kosciusko, el héroe polaco que soñó salvar á su patria de la opresión ajena y que dió su vida por conseguirlo, luchando bravamente contra enemigos superiores en número y astucia, hasta que cayó ensangrentado, pronunciando las célebres palabras ¡FINIS POLONIÆ!

Ahora, estos polacos alzados de su

sagrada patria, renoverán las esperanzas que un día cifraron en Napoleón el Grande, cuando éste, al intentar reformar la carta de Europa, prometíales señalarles su correspondiente parte en el botín de las naciones.

¡Triste sino el de este pueblo! Aun hoy mismo le está reservado el pesar de ser fratricida, pues en sus acoplamientos á distintas nacionalidades, polacos hay incorporados á las filas de los distintos ejércitos beligerantes que se disputan la posesión de una tierra que no le pertenece á ninguno y mientras entre los rusos pelean hijos de

aquella bendita Polonia que no consiguió defender Kosciusko, en las trincheras contrarias, entremezclados con alemanes y austriacos, otros hermanos de raza y nación hacen esfuerzos por contener el empuje de los suyos.

¿Qué pasará por el alma de estas gentes que ahora se ven tratados como iguales, por los que hasta no hace mucho eran para ellos exclusivamente los amos? La fe, seguramente, pondrá extraordinario valor en sus corazones, pensando que de la terrible contienda muy bien pudiera salir el bien tan amado por ellos, la realización de sus esperanzas y el colmo de sus deseos.

«Son leales» dicen los rusos, que mostraron grandes empeños en borrar de tal modo la raza polaca que hasta en las escuelas y en las iglesias prohibían la lengua patria. «Son de los nuestros» dicen los otros y les prometen para el día del triunfo, su participación de honores y permitirles que de nuevo sean independientes, hablándose ya de otorgarles un rey propio.

¿De quién son? Son de ellos mismos, de su cielo azul, de sus poéticos lagos, de sus melódicas canciones, de sus pintorescos trajes, de sus legendarias costumbres, de su independencia salvaje.

¿Habrá servido para ésto la actual guerra europea? ¿Volverán los polacos á sufrir un nuevo y más terrible desengaño?

Los hombres que tan cruelmente se matan los unos á los otros, deberán sentir un momento de compasión hacia estos que jamás hicieron otra cosa que sufrir y callar.

Y por eso en la actual contienda la tristeza de los polacos es enorme, resignada y reflexiva. Jamás saldrán de su eterna desdicha, nunca podrán sacudir el yugo que fuertemente les sujeta al dominio ajeno y cuando al terminar la guerra oigan los gritos victoriosos de los pueblos que lleguen presurosos á repartirse el botín de guerra, tan duramente conquistado, ellos esperarán, con aire sumiso y humilde, á que quieran otorgarles alguna merced, un poco de pan y algo de libertad, que tanto necesitan.

¡Vivir! ¡Esperar sufriendo! ¡Bien puede llamarse á este pueblo, el de los tristes destinos!

Con sus anhelos de gloria, con sus ansiedades de victoria y de vivir propio, se verán de nuevo sometidos, sin poder olvidar su amor ante el altar de aquellos héroes que por ellos se sacrificaron.



Fipos pintorescos de Polonia

A. R. BONNAT

LOS COLOSOS DE LA MÚSICA



Monumento erigido en honor de Wagner, en el Tiergarten, de Berlín

WAGNER Y SU OBRA

La manera de concebir Wagner el drama musical empleando el *leitmotiv*, en nada se asemeja á lo hecho por Caccini y Peri, ni á lo que hicieron Gluck y Berlioz, aunque todos persiguieran una misma idea: el enlace, la penetración de la poesía y de la música, *poética y estéticamente* hablando.

Tan grande era el entusiasmo de Wagner por el arte en todas sus manifestaciones, que pretendía educar y regenerar á la humanidad por medio del drama lírico. Como es sabido, los poemas de sus óperas están magistralmente arreglados por el gran músico-poeta de la mitología escandinava y de la epopeya germánica, idealizados y embellecidos con su imaginación poética y creadora, por su soberana fantasía, encerrando en su simbolismo un fin filosófico y social, pues todos los personajes que figuran en ellos simbolizan las grandes virtudes y las grandes pasiones humanas.

Los asuntos que Wagner pone en música son, salvo contadas excepciones, mitológicos (leyendas, tradiciones, milagros), fantásticos idílicos, escritos empleando un lenguaje poético, sin prosaismos; Wagner, en sus obras literarias, usa

las consonantes más suaves, produciendo efectos onomatopéyicos y ciertos adjetivos vagos muy en carácter con sus encantadores poemas, cuyas bellezas pasan inadvertidas porque se desconocen; pero cantadas sus óperas en castellano y traducidas por un buen poeta, se saborearían sin duda todas las bellezas literarias y se apreciaría, en conjunto, la colosal labor del maestro alemán.

Se dice que el *leitmotiv*, empleado en la forma sistemática que Wagner lo emplea, no es el ideal de la música. Podrán discutirse sus teorías sobre el drama lírico (yo creo que acertó á darle la forma más perfecta), pero quedarán como monumento de inefable belleza musical muchísimas páginas verdaderamente sublimes, de una grandeza á donde nadie más que él ha llegado, pues por encima de sus ideas estéticas, está su genio musical.

Aparte de que hay que tener muy presente que, así como ha evolucionado la técnica musical y los medios de expresión en sus múltiples aspectos, también ha variado el modo de concebir el drama lírico y Wagner no ha hecho sino seguir esa evolución. ¿Que es efectista? Ciertamente que en

muchos momentos de su obra es efectista, impresionista, vago, incierto, nebuloso, obscuro, efecto del uso frecuente del *leitmotiv*, de las armonías indecisas, sonoridades extrañas, modulaciones imprevistas y del cromatismo delicioso, arrobador (algunas veces enervante) que emplea sin tasa; pero todo está compensado con la novedad de sus creaciones gigantescas. ¿Que no desarrolla los motivos al estilo de los clásicos? Si hace ésto es por obedecer á las exigencias de sus poemas y de sus teorías, que si algunas veces rompen la forma musical, otras producen efectos sinfónicos admirables, nunca porque se le suponga infecundo, pues sus copiosas producciones demuestran lo contrario: *Rienzi*, *El buque fantasma*, *Tannhäuser*, *Lohengrin*, *Tristán é Iseo*, *Los maestros cantores*, *Parsifal*; la trilogía *El anillo del Nibelungo*, compuesta de cuatro obras: *El oro del Rhin*, *La Walkyria*, *Sigfrido* y *El ocaso de los dioses*; *Cristóbal Colón*, *Jesús de Nazaret* y *Fausto* (oberturas). *Sigfrido-Idilio* (poema sinfónico), *lieder*, marchas y otras obras inéditas.

¿Que abusa del recitado? (Declamación lírica). Es verdad; pero nos resarce con las mara-

villas de la polifonía orquestal y con las delicadezas de sus poemas, que es preciso conocer bien, como he dicho antes, para que la emoción estética de la obra wagneriana sea completa. ¿Que es ruidoso? Si se confunde el ruido con las grandes sonoridades, sí; pero mucho más ruidosos son otros compositores y no han sido tan censurados por el público, inconsciente detractor por sistema, de la música de Wagner. ¿Que la misión que da a los instrumentos pertenece á la voz? No creo ilógico que la orquesta comente, en la forma simbólica que la música puede hacerlo, y hasta donde lleguen sus medios expresivos, el estado psicológico de los personajes, y en unión de las voces y del decorado, que tanta importancia tiene en el teatro de Wagner, contribuya al conjunto auditivo, visual, intelectual y afectivo. Además, la música de Wagner no es exclusivamente vocal, como la italiana, después de Caciñi, Peri, Monteverdi, Paisiello y Cimarosa; es sinfónica, pues la orquesta es el medio de que se sirve el gran compositor para *pintar* musicalmente las situaciones dramáticas, pintorescas como los paisajes wagnerianos, ó de otro carácter, alternando con la declamación lírica. Sus óperas son poemas sinfónicos representados. ¿Que es exclusivamente nacional su música? Será cierto; pero se ha impuesto á todos los públicos cultos, siguiendo todos los compositores sus huellas, pues en armonía y en instrumentación ya no es posible

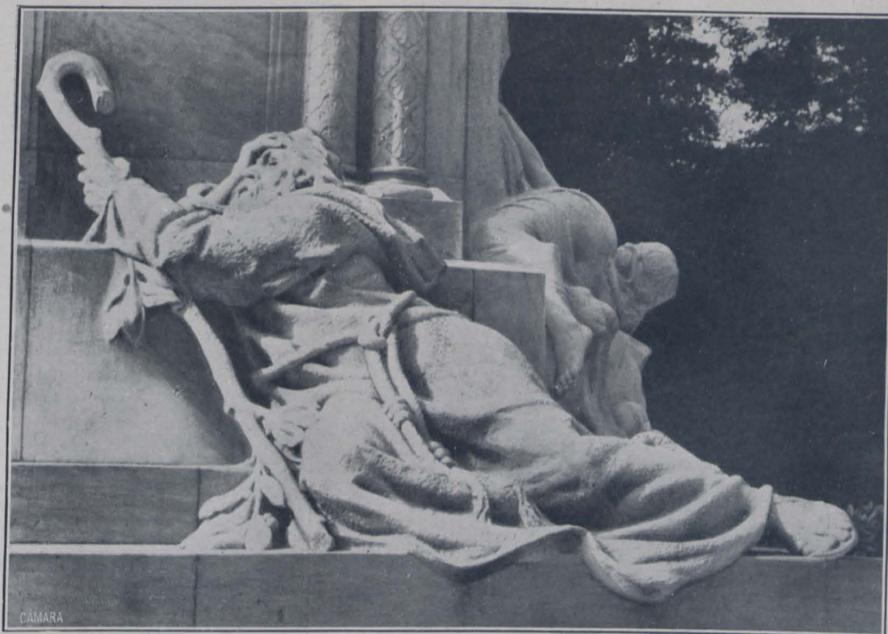
prescindir de lo hecho por el célebre maestro, sin quedar anticuado. ¿Que ha anulado á los cantantes? No será porque éstos se esfuerzen, pues por regla general, siempre cantan en una *tessitura* cómoda. Ahora bien: en las obras de Wagner lo que se

tribuyan, como una parte, la más importante, al conjunto, en unión de la orquesta, el decorado y el poema. ¿Que sus personajes hablan como dioses y no como hombres? Esto no prueba otra cosa que su vehemente deseo de elevarnos á las más altas y puras cimas del arte, y el producir en nosotros la emoción estética más intensa y honda que pueda experimentarse, satisfaciendo esa necesidad de lo absoluto que todos anhelamos y que fué (que unos buscan en una religión determinada y otros en el arte) el ideal preexistente del glorioso genio germano, espíritu de arraigados aunque vagos sentimientos religiosos.

La música de Wagner hay que saber oír-la, hay que pensarla y sentirla; es obra de arte elevado, no de mero pasatiempo y diversión.

Para apreciarla en toda su grandeza es necesaria cierta preparación y un conocimiento minucioso de los poemas y de los principales motivos con que está engarzada su labor sinfónica. Sus ideas musicales, originales y fecundas son de una grandeza incomparable, pues todo en él es grande, atrevido, colosal; personalidad de tan gran relieve y de tan múltiples actitudes (pensador, poeta, músico) es única en la historia de la música, formando en unión de Bach y de Beethoven la grandiosa trinidad del arte musical.

ROGELIO VILLAR



Tannhäuser representado en el monumento á Wagner

necesita principalmente, á la vez que buenos cantantes (pues á Wagner no le disgustaba que se cantaran sus obras bien, desde el punto de vista de la afinación) y buenos actores, artistas comprensivos é inteligentes, puesto que su música no se ha escrito para que los cantantes hagan *fiorituras* y *calderones*, sino para que con-

lidad de tan gran relieve y de tan múltiples actitudes (pensador, poeta, músico) es única en la historia de la música, formando en unión de Bach y de Beethoven la grandiosa trinidad del arte musical.



Alegoría de "El oro del Rhin", en el monumento á Wagner

FOTS. ALEGRIA



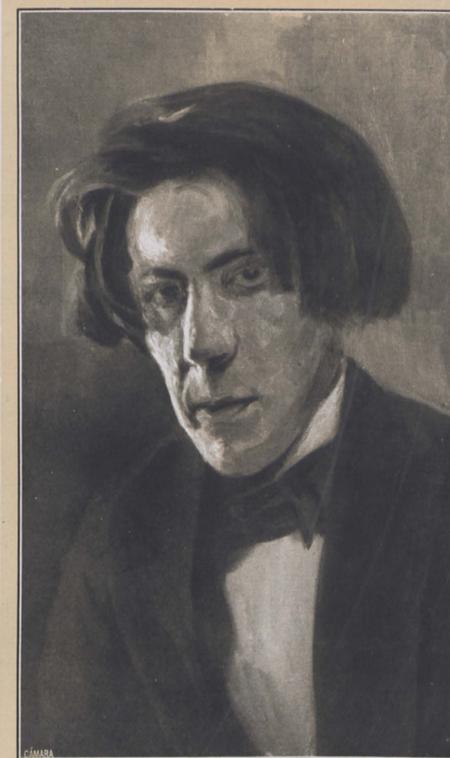
UNA MAJA, cuadro de Simonet



PETIMETRE, cuadro de Denis



PAISAJE, boceto de Moreno Carbonero



EL VIOLINISTA COSTA, por Enrique Jaraba



ENTRADA DEL PUERTO DE SALARES, por Martínez Abades



Vista del salón central de la Exposición de Bellas Artes, de Málaga



LA TRILLA, cuadro de Álvarez Dumont

LO QUE FUÉ DRAMAS Y COMEDIAS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

El primer trimestre de 1878 fué en verdad feudo y ruidoso para el arte dramático español. ¡Qué de emociones tuvimos los aficionados al teatro! Bien que los de entonces poníamos verdadera pasión en los asuntos literarios y discutíamos sin cesar acerca de los dramas nuevos, de las novelas flamantes y de los cómicos en auge. En más de una ocasión andábase á moquetes por si era Vico mejor que Calvo ó por si Echegaray valía menos que Tamayo. Ahora suele haber peleas por si Belmonte se acerca más que Joselito. Estaba iniciando su apogeo aquel *Clarín* muerto y no sustituido para desdicha de las letras españolas, y los artículos del crítico famoso se comentaban entre los jóvenes con un ardimiento que ya no asoma por ninguna parte. Ahora, en cuanto se refiere á diferencia artística, todo es suntuoso, suave, comedido, sin duda porque todo va tomando color gris. Es de mal tono sentir vehemencias; los gestos desdeñosos son los que privan y la fogosidad conviértese en atributo casi exclusivo de los que, para mal suyo, andan á la greña por si un torerillo mueve mejor la cintura que su competidor.

Decía que en aquel trimestre primero del año 78 del pasado siglo los aficionados á las comedias satisfacimos nuestro gusto hasta la hartura, si es que cabe el ahitarse de ciertas impresiones. No quiere esto decir que el teatro español en la fecha á que aludo lograra glorias imperecederas, ni quien tal pensó. Las creaciones teatrales que se perpetúan en la memoria del mundo son en número mucho menor que los Padres Santos.

Lo que sí digo es que en el espacio de un mes

hubo estrenos de comedias y dramas esperados con verdadera ansiedad por el público. Se estrenó *En el Pilar y en la Cruz*, de D. José Echegaray, que estaba entonces ascendiendo en su nombradía literaria después de haber ganado la de ingeniero ilustre, orador elocuentísimo, hacendista extraordinario y político de admirable talento.

Antes de que se estrenara *En el Pilar y en la Cruz* decían en los círculos literarios (los eternos círculos que así se llamaban y se llaman por no decirles lugares de murmuración, chismorreo y pasatiempo) que el drama achicaría á *La esposa del vengador* y *En el puño de la espada*, extraordinariamente aplaudidos. No fué así. Se discutió mucho la obra nueva de Echegaray; se aclamó á éste por los arranques vigorosos, por las llamaradas geniales de su drama; pero al mismo tiempo se le echaron en cara los artificios del argumento y algunos defectos de la versificación. Total: que *En el Pilar y en la Cruz* no pasó al repertorio ni puso un adarme más en la gloria de su creador.

El que sí dió un paso formidable en su carrera fué D. Eugenio Sellés, que aún no era marqués de Gerona, pero ya tenía fama de gran escritor después de publicados en *El Globo* sus artículos *La política de capa y espada*, un verdadero prodigio de estilo. Sellés, después de la favorable acogida de *La torre de la Talavera*, se fué al Español con un drama en tres actos, en verso, titulado *Maldades que son justicias*, donde se pintan las luchas entre los de Lerma y Uceda, en la corte del Rey Felipe.

Estaban en el Español D. José Valero y D. Antonio Vico; y sin duda no les gustó el drama de Sellés, porque lo ensayaron de mala gana, desdiciadamente, á pesar de que el autor escribía en uno de los periódicos más leídos de la época. Al ir á estrenarse la obra se eligieron decoracio-

nes de las viejas, porque no valía la pena hacer gastos, y ocurrió cierto lance verdaderamente chusco. El acto tercero tiene por lugar de la acción una estancia del Monasterio de El Escorial.

—¿Qué decoración ponemos?—dijo el jefe de los tramoyistas.

—Pues una de esas góticas—contestó el que dirigía la escena.

Así se llegó al estreno de *Maldades que son justicias*, obra donde, como queda dicho, se descubren las intrigas palaciegas de la corte de los



Eugenio Sellés, cuando estrenó su drama "Maldades que son justicias"

Austrias. Valero y Vico representaban los primeros papeles, y fué tan notorio su desvío, que el público reprochó su conducta, la prensa les censuró acremente y el autor se llevó la obra á su casa. Tenía *Maldades que son justicias* verdadero mérito por el fondo de su asunto y por la admirable versificación, y quienes estorbaron el triunfo del drama sufrieron las consecuencias de su error, dando luego pruebas harto manifiestas de su pesar.

También en aquellos días se estrenó *El salto del pasiego*, la obra póstuma de Eguilaz á la que puso música Caballero. ¡Qué éxito tan grande el de tal zarzuela! Bien que aún mantenía el género su ya perdida pujanza.

Pero el verdadero acontecimiento teatral fué el del estreno de *Consuelo*, la hermosa comedia de Ayala. Este era á la sazón Presidente del Congreso de los Diputados, y hacía diecisiete años que vivía alejado de las tareas literarias. Retornó á ellas en pleno triunfo político, después de haber sido ministro varias veces y cuando se le consideraba como uno de los personajes predilectos de Cánovas.

Glorias de la política, satisfacciones de la vanidad, favores del Poder; nada satisfacía á Aya-

la como el Teatro, y por ello dió su comedia *Consuelo*, ensayada en quince días y representada, entre otros, por Elisa Mendoza Tenorio, Concepción Marín, Antonia Contreras, Antonio Vico, D. Mariano Fernández y Alberto Rodríguez, un galán joven que de no haberse malogrado habría contribuido á la gloria de la escena española. Para estrenar *Consuelo* tuvo que vencer Ayala grandes resistencias de los personajes políticos, no de los interpretados por los cómicos. ¿Cómo (decían algunos próceres de entonces) el que preside el Congreso y es uno de los fundamentos del partido gobernante va á exponerse á la posible rechifla del público, á que por pasión ó por maldad se le censure en el teatro?

Como cuando Echegaray, siendo ministro, estrenó su primera comedia, Ayala, presidiendo el Congreso, estrenó la última de sus obras. Estreno, dijo, porque es mi deseo y mi gusto. Estrenaré la obra, y si me aplauden y me llaman, saldré á escena. Esto de salir á escena ahora no chocaría, porque ya salen todos, aunque no les llamen, que sí suelen llamarles algunas cosas.

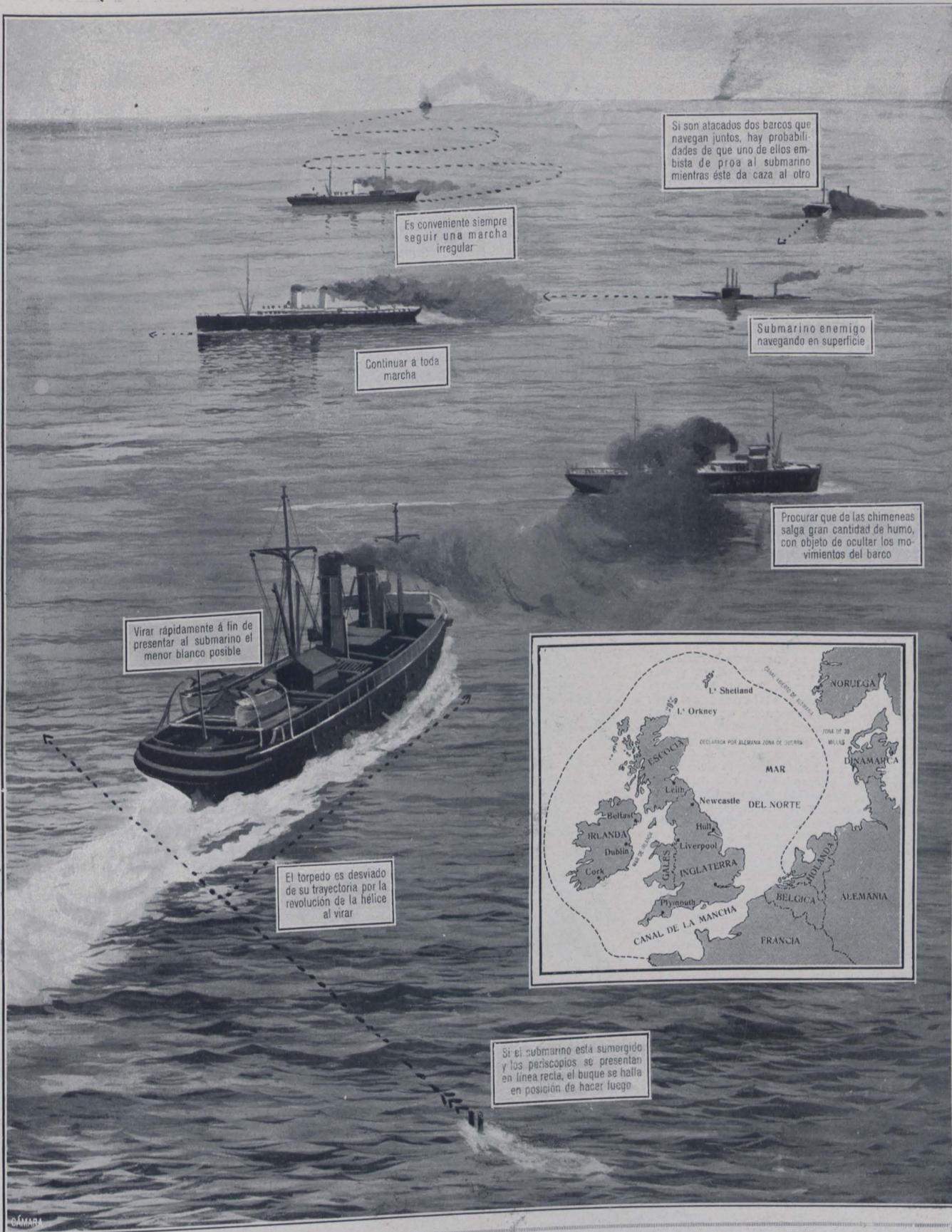
¡Qué noche la de la primera representación de *Consuelo*! Estaban las localidades completamente ocupadas por un público selectísimo. Yo tuve un asiento en el paraíso y junto á mí ocupó el suyo un diputado ministerial novato. No he encontrado otra cosa, nos dijo. Y me ha costado tres duros. Un paraíso tres duros. ¡Ni el auténtico terrenal! La comedia produjo un gran efecto; las relaciones del criado gallego, dichas por Mariano Fernández primorosamente, levantaron tempestades de aplausos; el monólogo del segundo acto, que interpretó portentosamente Vico, estre-

mejó de entusiasmo; en el suyo del tercer acto y en el final de la obra, Elisa Mendoza Tenorio, que siendo jovencita tenía ya prendas de singular actriz, fué saludada con estruendosas palmadas. El público llamó á Ayala. ¡El autor, el autor!, clamaba la muchedumbre. ¡Que salga, que salga! Se levantó el telón y apareció Ayala completamente solo, vestido de frac, con su figura arrogante, pero con aspecto sencillo, casi humilde. Avanzó hacia la batería y resonó un aplauso frenético, unánime, prolongado, ensordecedor. El ilustre personaje se sintió conmovido, y en aquel momento, olvidado de todas sus grandezas políticas, saboreó con íntimo deleite aquel homenaje li-

terario, el postrero de su vida... Yo me hinché las manos de tanto palmoear y llegué á saber de memoria la comedia de Ayala, de tanto asistir á sus representaciones. Casi todas las noches iba al Español para satisfacer mi gusto, que no cambiaba yo sino por el de acudir á las conferencias dadas en la *Institución Libre de Enseñanza*, Centro de cultura que empezó á vivir por aquellos años, demostrando desde el primero una pujanza grande y bienhechora. D. Francisco Giner, el admirable y venerado pedagogo, muerto ha poco, rodeóse de hombres como Figuerola, D. Gabriel Rodríguez, Pedregal, Linares—y no cito otros para limitar la referencia á los desaparecidos—, todos los cuales acometieron la empresa de extender los dominios de la intelectualidad española. Allá, en la calle de Esparteros, donde luego estuvo el Casino Zorrillista, y más tarde en la calle de las Infantas, donde ahora está la Delegación de Hacienda, dió la *Institución*, que así por antonomasia se llamaba, pruebas inequívocas de su amor á la educación española, que es, después de todo, el primer apoyo para conseguir el engrandecimiento que todos anhelamos.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

EL BLOQUEO DEL REINO UNIDO Y MEDIOS DE DEFENSA CONTRA LOS SUBMARINOS



Como indicación útil para la marina mercante, publica la prensa ilustrada inglesa el interesante dibujo reproducido en esta plana. Son varios los medios que ha aconsejado el Almirantazgo para burlar en lo posible el ataque de los submarinos. Entre los más prácticos, y que aquí aparecen expuestos gráficamente, se hallan: virar rápidamente no bien se advierte que los periscopios del sumergible se encuentran en la misma dirección que la eslora del barco amenazado; con esta maniobra, ejecutada con la mayor prontitud posible, no sólo se dificulta el blanco, sino que si el submarino ha disparado el torpedo este queda desviado por el remolino de agua que levanta la hélice; también preconiza el Almirantazgo, la conveniencia de los grandes escapes de humo para ocultarse a la puntería del submarino, mientras éste da caza a uno de los últimos, las grandes ventajas que ofrece a los buques mercantes navegar por parejas, puesto que en el caso de presentarse el submarino, el otro puede tener grandes probabilidades de pasar por ojo al enemigo, embistiéndole al flanco

CRÓNICA

CLARIDAD FRAGANTE...

ALGUNAS veces nos cruzamos con hombres que, desde el primer momento, nos producen una hondísima sensación de soledad. No importa que los veamos en un teatro, en un baile, en un te, en una reunión animada y bulliciosa. No importa que los hayamos visto sonreír con galantería, charlar con buen ánimo, bailar acaso, y aun decir cosas gentiles en un corro de muchachas. No importa que nos hayan elogiado la belleza de vivir y que nos hayan exhortado a proseguir nuestro esfuerzo hasta la realización total de un propósito, prediciéndonos que la sola virtud es la voluntad. No importa... En su rostro se dibuja perdurablemente una sonrisa dulce, imperceptible casi, llena de una alada y discreta melancolía.

Esos hombres—pocos en verdad, porque el tipo es de selección—poseen una atracción inquietadora porque nunca sabremos con certeza cómo piensan o cómo sienten; y si alguna vez algo traslucimos, no añadirán palabra concreta que nos ayude a descifrarlo totalmente. Es una suerte de misantropía que nace, no de un odio, sino del desencanto. El misántropo por odio es un caso frecuente y, en toda ocasión, vulgar. Generalmente, un hombre fracasado en sus planes de amor ó de gloria—en cualquiera de las infinitas formas, grandes ó pequeñas, con que se nos ofrecen—degenera en un enemigo de todos y de todo. Su manera de sentirse es el odio, traducido en soledades grotescas, en palabras mal intencionadas, en torturas para su misma vida. Es una historia muy sabida y desde luego muy poco interesante.

Pero el hombre que pasa calladamente por el mundo, y á todo sonríe desde su gran silencio, y cree innecesario y aun inoportuno, el secreto amor humilde y generoso que le fortifica interiormente, es un hombre que nos inquieta y nos seduce. Quisiéramos acercarnos á él, y decirle, con emoción juvenil y esperanzada, que no es estéril su paso por la vida si sabe mirarlo todo con ojos de bondad. Pero, sabemos que, á pesar de ello, él ha de conservar en los labios esa inmarcesible y fina rosa de su incrédula sonrisa, aunque intensamente cordial.

El caso se da por lo común en hombres de corrección exquisita. Y su aire mundano y elegante nos inquieta aun más. Se pule cuidadosamente, no como lo hace un hombre de club, atento al juicio de los camaradas de vida vana y tonta, sino con el amor de ser grato á sí mismo, y hallarse limpio de impureza así material como espiritual. Viste, con natural distinción, ropas impecables; el rostro, afeitado siempre, se conserva oloroso y fresco, á pesar de que ya la juventud se ha despedido inexorablemente; la dentadura blanquea, firme y bruñida, en los labios un poco pálidos; pero sin arrugas ni cansancio; la mirada es clara y tranquila, como si hubiera permanecido en ella la ingenua curiosidad de sus años de niño; habla poco y casi siempre inquiriendo, sin formular nunca ni el menor comentario; es amable, dócil, delicado. Acude á todos lados, ganoso de que la vida no tenga secretos para él, y gustando de todas las cosas, sin exteriorizar jamás su pensamiento. ¿Para qué?... dirá él; y en esto consiste precisamente toda la inquietud de ese raro ejemplo de misántropo. Es un desdén sutil, que llega á nosotros, en apariencia de noble humildad. No quiere pensar en alta voz, y para todos. Avaramente guarda todas sus emociones, sea como fueren. Y así, en el sillón del teatro, no le veis aplaudir ni protestar, aunque á veces los ojos brillen conmovidos ó se apaguen con tedio; en la mesa del *restaurant* de moda mira sosegadamente á cuantos le rodean, y no podríais adivinar su juicio; en el ángulo del salón observa quietamente, cuando le deja libre la charla amena y fácil; en donde quiera, finalmente, que le hayamos encontrado, notaremos que nuestro hombre, siempre cortés y cariñoso, pasa sobre todas las cosas sin que parezca que le lleven á meditación. Diríais que todo resbala en él, y se aleja, sin dejar huella ninguna. Sin embargo, bajo la calma y el silencio, es seguro que palpita un grande amor á todo lo que existe, precisamente por creerlo todo merecedor de desdén. Sólo se salva su vida interior, acaso por haberla fundido con sueños inconseguibles, recónditos. Fracaso de juventud, y hoy lumbrerosa y purificadora...

Un hombre así era el que tenía frente á frente, cenando en un lujoso *restaurant* de Madrid. Maduro ya, y pulcramente vestido, daba la impresión exacta del hombre que antes he procurado describir. Parecía no pensar en nada, mientras humeaba el café en la taza japonesa... Sin embargo, la mano que sobre la mesa tenía, iba delatando su pensamiento, pues que con los dedos tocaba en el albo mantel el ritmo de la música que el sexteto de zingaros positivos tañía en el contiguo salón. Era una danza lánguida y española, popular en los bailes madrileños, pero que ahora venía graciosamente alhajada, bañada y perfumada por el arte complicado de un traductor parisino, decadente y enfermizo. Perezosamente la viola decía su aria triste y sensual, pero el piano y los violines se burlaban deliciosamente de esa postura romántica del buen compañero, y hendían el aire con voces alegres, como predisponiendo á una cabriola juvenil. El señor solitario pensaba sin duda que en aquel instante la vida era una umbría deseable, y que ojalá pudiéramos acogernos para siempre al dulce engaño de aquella hora frívola y aromada. Aromas de mujer, presos en los aromas de las gardenias, y de las violetas, y de los azahares que adornaban los veladores, iluminados suavemente por la luz anaranjada y brumosa de los pequeños candelabros cubiertos de hiedra. Lindo el salón, en su blancura, agudizada por el claror grisáceo de la gran lámpara rusa que del techo pendía, y cuyos múltiples cristales pa-

recía que iban á sonar como cascabeles al menor movimiento. En las blancas paredes, estucadas, finos relieves de arcadas y columnas renacentistas, y ante los ventanales, cortinones magníficos, de un rojo pálido y amarillado, tizianesco... Grave y atenta la servidumbre, bajo sus nítidas pecheras y el fulgor de los dorados botones del frac color tabaco... Y un rumor tenue y alborozado de charlas, de risas, de tintineos del cristal, rumor que se dispersaba en los *pianísimo* de la orquesta, y luego, se perdía, cuando recobraba la música, su *forte* jovial. Diríais que flotaba como una neblina, muy sutil, como una gran quietud prisionera en los rumores, donde se extraviaba el sentido del vivir; y de este modo, todo lo que estaba fuera de aquel recinto, se desvanecía como un dolor que se aleja para no volver. Y, sin embargo, fría é implacablemente nos expresaba la continuación de nuestra vida, para todos burlona, desde su enigma de las horas por venir.

...¿Pensaba todo esto nuestro silencioso amigo?... Ahora tenía los ojos fijos en una hermosa mujer morena que en la mesa contigua comía con salvaje fruición, entregada toda ella al placer de morder manjares costosos y complicados, apenas conocidos de su paladar bisoño en estos trances. Su acompañante, un correctísimo muchacho rubio y delicado, la seguía con un gesto de burla cariñosa, entre risueño y alarmado. Se adivinaba á la mujer que había venido de tierras béticas á cotizar su belleza sana, ardiente é indomada, y uncirla á un fácil amor caro y triunfal. Sobre el desnudo escote bronceado, lucía una grande esmeralda en cerco de diamantes; en las orejas y en las manos, gemas fulgían con un centelleo multicolor. Sin embargo, más fulgían los ojos, con su negror vivísimo y profundo. Agil y movedido el cuerpo, tenía todo él una crispación de encantadora juventud. Cubría un rico traje de floreada seda gris, con adorno de encajes; imaginosa una recamada gualdrapa sobre un pelo asustadizo y frenético. Charlaba aturdidamente, riendo y gesticulando con una gracia ingenua y dislocada. Mirábala su compañero como si fuera á rogarle que se callase: tal era su ademán irónico y fatigado, arrepentido, quizá de llevar á su lado una mujer, bellísima, eso sí; pero que debía estar diciendo, sin duda, cosas bárbaras, y acaso algo canallas.

...El señor silencioso volvió los ojos á otro lado. Nada cautivaba largamente su atención. En el acto, su afilado desdén de hombre experto y cultivado, hacía una disección rápida de todas las ideas. Nada podía seducirle... Lo decía la expresión de sus pupilas, curiosas, inquietantes, pero de una frialdad serena y cauta. Volvió á teclear sobre el mantel, al ritmo ondulante y lascivo de la cercana música. Y ahora quedó suspenso, como absorto en una grata divagación interior.

...Sí, desconocido amigo, conozco que piensas en la imposibilidad de hallar el equilibrio, el justo término, la espiritual armonía, donde nuestra vida afinaría gustosa y feliz. Pero, aun las cosas más ensopadas de nuestro bajo mundo, tienen algún aspecto vulnerable, que para los espíritus selectos se convierte en flor de ironía. Así, en esa música que ahora te seduce, encuentras, sin embargo, que ha perdido su natural encanto, su bravura primitiva y simpática, al transplantarse del *boulevard*.

En cambio esa mujer que á pesar de todo conserva su indocilidad inicial, su ingénita y agresiva rusticidad sensual, toda instinto, te lastima, y quisieras que dulcificara su gesto con una pincelada de mundanidad. Reconoces, no obstante, que sería postizo... Y todo así; sujeto á ser imperfecto, truncado, contradictorio, demasado fácil á la frase ingeniosa ó á la idea ironizante. Porque lo sabes, eres discreto y burlón, y aparentas que nada te apasiona.

Algo habrá, sin embargo... De ahora no. Pero, si buscásemos algún temblor distante, algúna esperanza de tus años mozos—arte, amor, aspiración codiciada...—es seguro que tú sentirías que sí hoy para tí todo es digno de un generoso y llamado desdén, todavía perdura en tí, no obstante, aquella claridad que antaño te hizo ser creyente fervoroso... Escondida claridad romántica, que te alienta, á pesar de todo...

S. MIRABENT VILAPLANA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



DIBUJOS AL LÁPIZ



LA DAMA DEL "SPRIT" NEGRO, por Luis Icart



LA TORRE DE LA ALDEA

Campanas las de mi pueblo
que sonáis todos los días
con célicas melodías
ó bronco y doliente son.
¿Quién á vuestro hierro imprime
la voz que alegra el oído
ó el misterioso tañido
que me hiela el corazón?
Parece que alta y severa
la torre que así os mantiene,
Argos en acecho, tiene
cien ojos para mirar,
y cuando ve á la alborada
descender un alma nueva,
con la luz suave y dorada

se reviste al repicar.
Quizá espía en su desvelo
otra alma vieja y sin rumbo
que alza en la noche su vuelo
de un nuevo destino en pos,
y embozándose en la niebla
matón que guarda la esquina,
dice al alma peregrina
un seco—¡Vaya con Dios!—.
Quizá cuando fosforece
un relámpago en la altura,
su aguda cimera ofrece
al tajo de claridad,
y gigante encadenado
estoico, fuerte y sin ira

sin cerrar los ojos mira
la furiosa tempestad.
Ya apacible y sosegada
en las tardes de la siega
cuando el doble oro nos ciega
del sol fuerte y la alta mies,
ve hacinar los rubios haces
en pirámides lucientes
y un repique dá entre dientes
de sus barras á través.
¡Vieja torre! ¡Torre amada,
reina altiva, rodeada
de tu corte de vencejos
bajo tu palio de añil!
¡Torre que al verme de lejos

en la amarilla calzada
me buscas con la mirada
de tu estrecho campanil!
En vano el tiempo requema
tu halda angosta de ladrillo
pues tu arrogancia suprema
no ha de abatirse jamás
y aunque hastiada y sola dejes
campanas y melodías,
con tus órbitas vacías
vigilando seguirás.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

DIBUJO DE ENRIQUE MARÍN

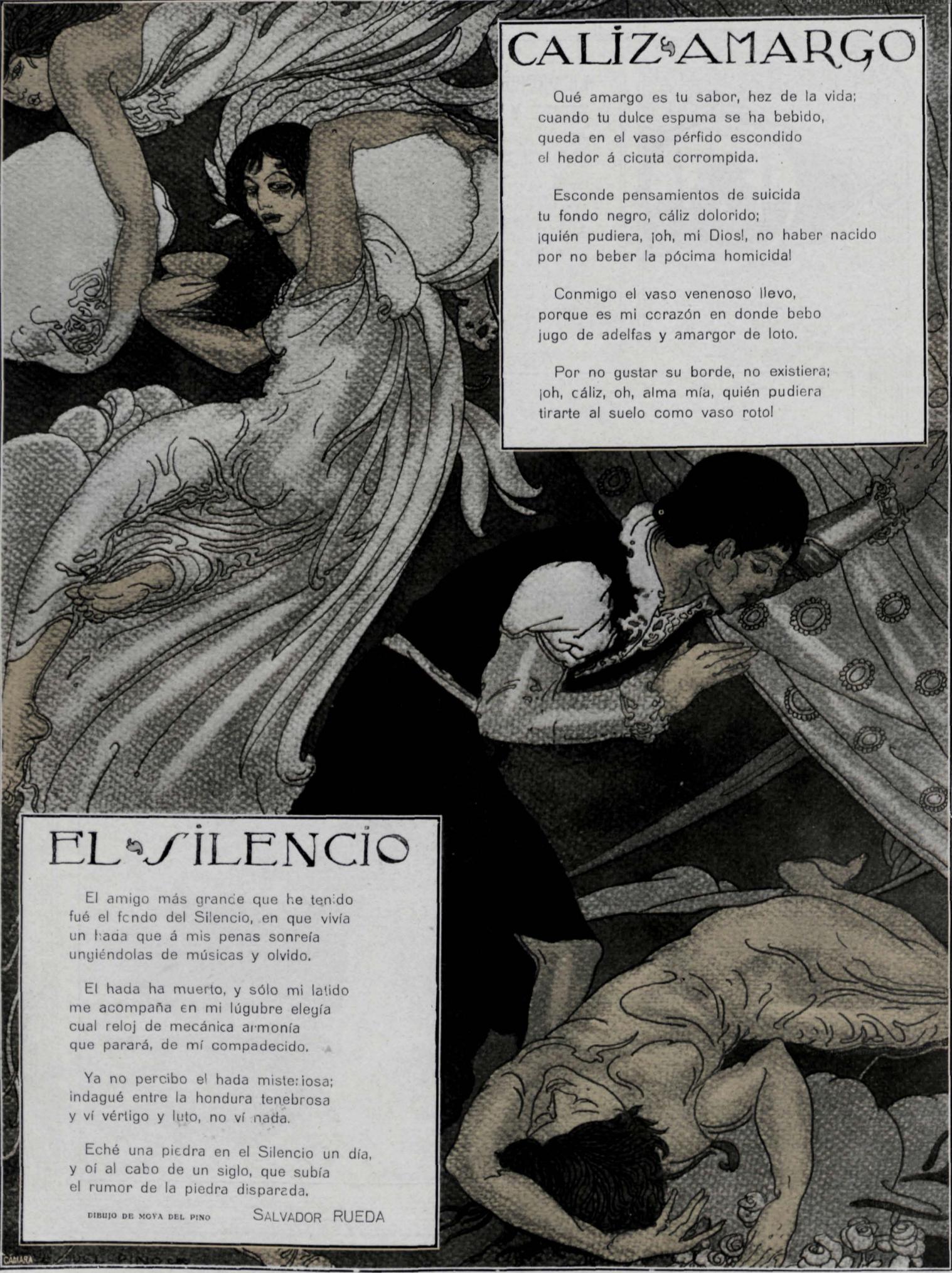
**LA PRINCESA DE KAPURTALA
Y LA GUERRA**

Entre los príncipes indios que con mayor interés y entusiasmo se ofrecieron á Inglaterra desde los comienzos de la guerra europea, figuró el Rayá de Kapurtala, personalidad conocida en España desde que hace algunos años contrajo matrimonio con la hermosa artista malagueña Anita Delgado, cuyo retrato publicamos con motivo de haber ofrecido nuestra bella compatriota, durante su reciente estancia en París, importantes sumas con destino á los hospitales franco-ingleses. El Principado de Kapurtala forma parte de la India inglesa, entre las ricas provincias de Amritsir y Jalandar. A su Rayá, hombre de fabulosas riquezas, pertenecen también los principados de Baondi y de Bithaoli, en el Audh, que le dió el gobierno inglés por servicios prestados durante la revolución de 1857-58.



ANITA DELGADO

Hermosa malagueña, casada con el Rayá de Kapurtala



CALÍZ AMARGO

Qué amargo es tu sabor, hez de la vida;
cuando tu dulce espuma se ha bebido,
queda en el vaso pérfido escondido
el hedor á cicuta corrompida.

Esconde pensamientos de suicida
tu fondo negro, cáliz dolorido;
¡quién pudiera, ¡oh, mi Dios!, no haber nacido
por no beber la pócima homicidal

Conmigo el vaso venenoso llevo,
porque es mi corazón en donde bebo
jugo de adelfas y amargor de loto.

Por no gustar su borde, no existiera;
¡oh, cáliz, oh, alma mía, quién pudiera
tirarte al suelo como vaso roto!

EL SILENCIO

El amigo más grande que he tenido
fué el fondo del Silencio, en que vivía
un hada que á mis penas sonreía
ungiéndolas de músicas y olvido.

El hada ha muerto, y sólo mi latido
me acompaña en mi lúgubre elegía
cual reloj de mecánica armonía
que parará, de mí compadecido.

Ya no percibo el hada misteriosa;
indagué entre la hondura tenebrosa
y ví vértigo y luto, no ví nada.

Eché una piedra en el Silencio un día,
y oí al cabo de un siglo, que subía
el rumor de la piedra disparada.

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

SALVADOR RUEDA

::: DE NORTE A SUR :::

Los artistas franceses y la guerra

Francia no ha esperado, como en 1871, á la Exposición Nacional para ver cómo sus artistas interpretaban la guerra. En aquella Exposición todos los cuadros vibraban aún con la misma patriótica cólera de la patria vencida y de entre todos los pintores Alfredo de Neuville se destacaba de un modo admirable.

Oficialmente han sido comisionados ahora los pintores de asuntos militares ó históricos para que, en cuadros y apuntes, vayan reflejando cuanto á sus ojos se ofrezca de heroico, de sublime ó, simplemente, de trágico. Esas obras han empezado á llegar á París y en el Palacio de Inválidos, junto á los trofeos enemigos de banderas y cañones, se exhiben los lienzos ó dibujos de François Flameng, de Maurice Orange, de Busson, de Jacques, de Geldry. En honor á la verdad, ninguno de ellos eclipsará las glorias de los Dettaille, Meissonier y Berne-Bellecour.

Es lógico: la pintura militar era algo inactual en Francia y en otras naciones no menos amantes de las renovaciones sociales. Los artistas no estaban preparados convenientemente.

Así la otra exposición, titulada *Visiones de la Guerra*, que Georges Scott, el admirable dibujante de *L'Illustration*, ha inaugurado en la Galería Georges Petit, es más interesante, más humana, más conmovedora en todo su simplicismo de verdad. Georges Scott es un comentarista cotidiano de la vida parisiense. No prefiere ninguna especialidad determinada y esto garantiza su realismo y libertad de prejuicios su espíritu. Por eso las *Visiones de la Guerra* llegan más al corazón humano que las patrióticas obras militaristas de los inválidos al corazón francés.

Desde un criterio demasiado actualista y conveniente para los que suelen aprovecharse de las grandes convulsiones nacionales, son más beneficiosas también las exposiciones en que se emborracha el hombre con bélicas y suicidas embriagueces. Desde el punto de vista verdaderamente humano y progresivo, yo creo que todo artista que contribuya á la exaltación sentimental ó sensiblera de la guerra, comete un terrible delito.

Cuando los cañones arrasan ciudades, cuando millones de hombres, ciegamente empujados por la codicia ó la vanidad de unos cuantos centenarios, van hacia la muerte y la barbarie, lo menos que podían hacer los artistas era romper sus lápices, dejar secar sus colores y cruzarse de brazos... ó pintar la verdad, sólo la verdad, sin atribuir únicamente al enemigo las infamias y crímenes de la guerra y á sus compatriotas los heroísmos y los «bellos gestos».

Conductoras de automóviles

En Nueva York empiezan á prestar servicio las mujeres como conductoras de automóviles. No son aquellas cocheras grotescas de París que aparecían en las caricaturas de los semanarios humorísticos y en las revistas de fin de año. Bajo las pieles, guardapolvos y anteojeras de un chauffeur, es difícil descubrir el sexo á que pertenece. Casi no tiene figura humana.

Además debe tenerse en cuenta también no sólo la asexual indumentaria, sino las distintas idiosincrasias nacionales. En París fracasaron las coche-



LAS CHAUFFEUSES YANKIS
Mrs. Wilma K. Russey que ha empezado á prestar servicio en Nueva York, como conductora de automóviles

ras; en Nueva York no fracasarán las chauffeuses. El yanki no suele tener tiempo para pensar en la sensualidad. La yanki — á no ser estas hijas de multimillonarios que juegan al flirt como si fuera amor— se interesa más por su liberación espiritual que por la coquetería y embellecimiento de su cuerpo. La vida contemporánea supercivilizada completa la obra, masculinizándola cada vez más.

Por eso al ciudadano neoyorkino que sube á un automóvil le importa bien poco que lo dirija un hombre ó una mujer. Lo principal es que lo lleve á la máxima velocidad posible...

En España fracasaría este nuevo servicio. La

mujer española está ineducada para todo lo que sea olvido de sus atractivos físicos. Sólo unas cuantas renuevan en sí mismas los atávicos orientalismos de nuestra raza. Sólo unas cuantas dignifican, ennoblecen y depuran su vida buscándole otros senderos que el de camareras, cupletistas ó aquello tan vergonzoso que se llamaba tiradoras.

Sin embargo, así como para todas esas profesiones no faltan individuos que encuentren mujeres, acaso también piensen ahora que sería un negocio sustituir los absurdos automóviles de alquiler que hoy existen en Madrid por otros flamantes, dirigidos por buenas mozas — si se encuentran gordas, mejor —, y no faltarían los señoritos juerguistas que prefiriesen el cambio de vehículo y de conductor.

Porque entre llegar á una taberna y decir:

—Cocherito, para. Tú, chava, danos y dale. ¡A mí, con seltz!

Y subir á un automóvil conducido por una mujer — y si es gorda mejor para el español neto — y decir:

—Arrea, choferesa. Vamos á la Bombi; que nos vamos á marcar yo y tú un rato largo de tuesten...

La elección no es dudosa..., para esos señoritos juerguistas.

El cardenal prisionero

Aunque se ha intentado desmentirlo, parece ser cierto. El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, Primado de Bélgica, está prisionero entre las ruinas de su palacio episcopal.

Ved qué doloroso y trágico aspecto tiene la habitación en que se halla recluido. Sus delitos han sido graves y terribles. Amaba la paz y el amor al prójimo, como todos, los verdaderos católicos..., tan escasos; odiaba la guerra y

procuraba evitar que los hombres se cambiaran en fieras; defendió, como un sacerdote debe practicar la defensa, á las iglesias bombardeadas, á los pueblos saqueados, á los hogares destruidos; sintió en su alma la trágica cólera de los antiguos profetas y la dulcificó en pastorales nobles y elevadas que hacían un llamamiento á la piedad católica de todo el mundo... Tuvo palabras de consuelo y de ternura para los heridos, suplicó á Dios la gloria para los muertos.

Sus manos no empuñaron armas, se limitaron á levantarse abiertas en un ademán de infinita amargura ó á trazar en el aire polvoriento de escombros y de pólvora un ademán de bendición.

He aquí sus crímenes.

Su voz ha enmudecido. Sus manos permanecen inactivas. Espera no el triunfo de unos ni la derrota de otros, sino la paz de todos, en lo que fué su palacio y hoy es su cárcel.

Y cuando todo haya terminado, cuando los diplomáticos discutan sin peligro de sus preciosas existencias, lo que tantos hombres más útiles á la vida nacional ha costado á Alemania, á Francia, á Bélgica, á Rusia, á Austria, á Servia..., á Inglaterra, el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, volverá á cometer libremente sus horrendos crímenes de predicar la paz, el amor al prójimo y el odio á la guerra...

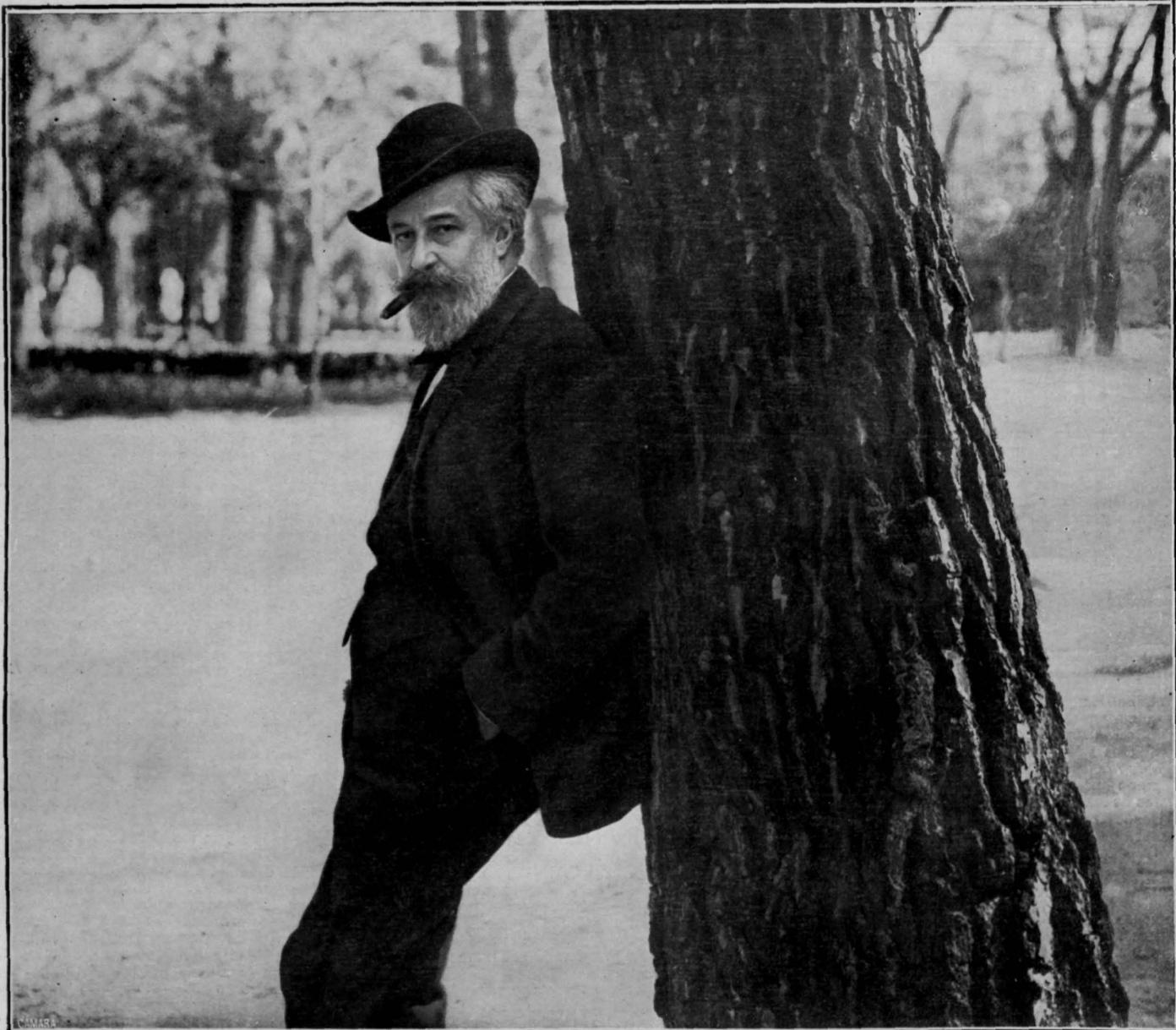
Pero entonces estos crímenes serán considerados como verdaderas virtudes, aun por sus mismos enemigos.

José FRANCÉS



TRISTEZAS DE LA GUERRA
Alcoba del palacio episcopal de Malinas, donde está prisionero el cardenal Mercier

NUESTRAS VISITAS



El ilustre artista Santiago Rusiñol, recostado en uno de los árboles del Retiro

RUSIÑOL, LITERATO

Fué la noche del estreno de *El collar de estrellas*. Cuando salía de la Princesa, divisé el chambergo del simpatísimimo maestro; después sus cabellos, casi blancos, luego su descuidada barba de profeta y por último su pálido rostro plácido y apostólico. Hendiendo la abigarrada multitud, que aprestábase á salir, llegué hasta él y le aprisioné cariñosamente por un brazo.

—¡Maestrol...

Volvió don Santiago la cabeza y al encontrarse conmigo, exclamó, sin soltar el tabaco que languidecía entre sus dientes:

—¡Chico!—¿Qué tal?... ¿Y tus audacias?...

—Ahora voy á hacer de las mías con usted; va á ser sonada.

—¡Caracoles!

Nos habíamos abrazado llenos de cordialidad. A mí, don Santiago Rusiñol, me inspira, por encima de la gran admiración á que tiene derecho, un afecto familiar. Su sencillez, su sonrisa infantil, su amplio espíritu que todo lo comprende, todo lo disculpa y hasta todo llega con una condescendencia admirable, su charla, á ratos de pensador profundo y á ratos de muchacho ingenioso y siempre de espíritu artista, le hacen adueñarse al punto de su interlocutor. Y, diez minu-

tos después de haberle conocido, Rusiñol llega á ser íntimo amigo nuestro.

—¿Cómo, usted por aquí?—le pregunté.

—He venido á pasar unos días y á preparar mis cuadros para la Exposición.

—¡Ah! ¿viene usted por la medalla?

—No puedo obtener otra recompensa.

—¿Vendrá usted bien preparado?...

—Traigo una docena de lienzos; mañana los verá usted.

Al llegar á la calle, Rusiñol me invitó á subir á su coche.

—¿Qué le ha parecido á usted este estreno?—le pregunté, queriendo afirmar mi juicio.

Rusiñol me miró con fijeza; después repuso con su sinceridad característica:

—Me ha parecido lo que á usted y lo que á todo el mundo; lo más endeble que he visto de Benavente.

—Es que dicen que ha sido escrita con mucha precipitación.

—¡Bahl, eso no importa. *La señora ama* la fué entregando, durante los ensayos, cuartilla á cuartilla, y sin embargo, es una de sus mejores obras... *El collar de estrellas* no es la obra que esperábamos de Benavente. Tiene poca originalidad y resulta deslavazada. ¿Usted no ha

notado que los actos no tienen relación el uno con el otro? El tercero, por ejemplo, parece pegado al resto de la obra, con el sólo objeto de que don Pablo nos dirija un sermón de Cuaresma. Además, en el teatro los autores hemos dicho lo que nos ha parecido, pero dentro de la situación y diálogo de la obra; pues, aquí no; aquí don Pablo se dirige al público. ¡Es curioso!

—¿Y el argumento?...

—Poco original. La redención por medio del trabajo es un tema que se ha tocado cien millones de veces, y con alguna más fortuna que esta noche. Claro que la obra tiene escenas bien hechas y muchas frases bonitas. ¡No faltaba más!

—A pesar de eso, si en vez de ser de Benavente, es de un pobre diablo que empieza, no sé cómo la hubiera recibido el público.

Y así, hablando, hablando del acontecimiento teatral de la noche, llegamos á Fornos. Allí, una Peña de amigos esperaba á Rusiñol; entre ellos estaban Borrás, Martínez Sierra, Alcalde de Zafra... Se discutió sobre la guerra. Rusiñol es francófilo...

A las tres me separé de él. Antes, le dije:

—Don Santiago, quiero aprovechar estos días que está usted entre nosotros, para hacerle una entrevista para LA ESFERA.

—Encantado; cuando usted quiera—aceptó complaciente el maestro.
—El domingo próximo, ¿le parece á usted buen día?—propuse.
—Magnífico, hombre.
—¿Hora?...
—La que usted guste.
—Usted la designa.
—A las doce en el *Lion d'Or*.
—De acuerdo—exclamé, estrechando la mano del admirable poeta de la vida.

En la calle, la noche era de una augusta serenidad primaveral. Ya las mujeres descarriadas hablaban á voz en grito, de esquina á esquina en la calle de Peligros.

□□□

Hacia calor. El automóvil corría por el paseo de coches del Retiro. Dentro conversábamos Rusiñol, Pepe Campúa y yo. Empecé por una pregunta sencilla:

—¿Qué le gusta á usted más, don Santiago, pintar ó escribir?...

—¡Oh!, pintar mucho más—se apresuró á responder Rusiñol.—Mire usted, yo digo lo siguiente: si yo me hallase en una isla desierta y tuviera lienzos, pinceles y colores, le aseguro á usted que no me aburriría jamás, porque seguiría pintando; en cambio si no hubiese teatro donde representar mis comedias, no seguiría escribiendo. Ahí halla usted la diferencia. La pintura es una cosa más íntima, de más vocación; pinta uno más para satisfacción propia que para el público. El teatro ya varía; es otra tendencia completamente distinta y que no parte tan del alma; el comediógrafo tiene algo de político, de vanidoso y de organizador. Además, nunca está uno á solas con su obra; siempre, hasta cuando se está escribiendo, se convive, por adaptación con la sombra del espectador, que es el que manda, el que ha de juzgarla. ¿Me comprende? ¿Eh?... No hay libertad de concepción.

—¿Entonces, usted comenzó á pintar antes que á escribir?...

—Sí, señor; mucho antes. Hasta el punto, que yo soy autor dramático por accidente. Verá usted.

Don Santiago dió una larga chupada á su puro y después prosiguió:

—En Barcelona, de donde yo soy, como usted sabe, mi familia eran comerciantes. Yo me quedé huérfano de padre desde muy niño y el jefe de la casa era mi abuelo. Los primeros años de mi juventud tuve que sacrificar me por no disgustar á mi abuelo y pasarlo atendiendo el negocio, que era una fábrica de hilados, la cual existe en la actualidad, y la dirigen mis hermanos. Pero aquello no era para mí. Yo tenía una vocación loca por la pintura. Cuando cumplía diez y ocho años murió mi abuelo y en aquel mismo momento, como yo era el primogénito, hice cesión de todos mis derechos á favor de mi hermano, y abandoné mi casa, y me dediqué al estudio de la pintura.

—¿Y, cómo fué escribir?...

—A eso voy... Yo ya era algo conocido como pintor. Tendría veintiséis años entonces, y era muy amigo de Sánchez Ortiz, fundador de *La Vanguardia*, el cual, con motivo de una Exposición y no teniendo crítico de arte, me dijo: «¿Tú serías capaz de hacer, en castellano, las impresiones y la crítica de esta Exposición?...» «Creo que sí»—le contesté.—Y de aquel momento na-

ció el escritor; por eso le decía á usted que yo era dramaturgo por casualidad.

—Es muy curioso—exclamé.
—Bueno, hice las críticas: gustaron y por estímulo le tomé afición á las cuartillas y seguí escribiendo crónicas en una sección que la titulaba, *Desde mi molino*. Más tarde, desde París, donde estuve siete años, seguí mandando con frecuencia artículos y libros. Continué... Continué, hasta ahora.... ¡y esto es todo!

—¿Cuál fué la primera obra teatral que escribió usted?...

—La *alegría que pasa*; pero yo esta obra la escribí sin pensar para nada en el teatro, ¿comprende?... La mandé imprimir como otro libro cualquiera y al cabo de los cuatro años la representaron. Mi segunda obra fué *Libertad* y la estrenaron en Barcelona, la Vittaliani y la Duse, en italiano antes que en castellano. Esta obra la tradujo Benavente al castellano.

—¿Y fué un gran éxito?
—No tanto. Fué éxito, sólo. Los críticos me hablaban de Tolstoi, de Ibsen, de Nietzsche y de no sé cuántos filósofos más, los cuales, yo entonces, ni había leído ni sabía si existían.

Reimos, de buena gana. Se detuvo el auto al lado del «Angel Caído», y allí echamos pie á tierra.

—Yo me pasaría la mañana tumbado en un jardín de estos—exclamó Rusiñol, extendiendo la vista por las alfombras de esmeralda.—¡Qué día tan hermoso!... ¡Yo siento la voluptuosidad de la Naturaleza, por eso á ella le dedico mis amores y mi arte!

El artista, de un puñado, se quitó el chambergo, dejando la gris melena al aire.

—¿Tiene usted traducidas al castellano todas sus obras?...

—No, señor; muy pocas. Mi especialidad es el sainete, y ese, como está nutrido de la vida popular de Barcelona, al traducirlo al castellano, perdería todo su valor.

—¿Borrás le estrenó á usted *El Místico*?

—Sí, señor; vino Borrás á Madrid y primero hizo *El Místico* en catalán y después en caste-

litanes; es lo que más me gusta. Me divierto yo mismo viendo mis sainetes.

—¿Y libros de lectura?...

—Tengo unos veinte.

—Yo no me explico cómo ha podido usted hacer tanta labor en la pintura y en la literatura.

—Sí, hijo mío; si no hago otra cosa. Yo á Aranjuez, á Granada, á Mallorca me voy meses y meses á pintar y á escribir; durante el día pinto; por la noche escribo.

—¿Se levanta usted muy temprano?

—Jamás; para mí no existe la mañana. No recuerdo haber abandonado el lecho nunca antes de las once.

—¿Qué le deja á usted más dinero, la pintura ó la literatura?...

—La pintura el doble ó más. Todo lo que me producen ambas cosas lo dedico á enriquecer el museo que tengo en Sitjes. Para vivir holgadamente tengo de sobra con mi patrimonio.

—En teatro ¿cuáles son sus autores predilectos?...

—En el teatro catalán, Guimerá y Vilanova.

—¿Y en el castellano?...

—No tengo una predilección determinada. Sin embargo, creo que los Quintero tienen en el teatro moderno español una personalidad más definida, ¿eh?... Son los autores que más *suenan* á españoles, ¿no?... Tienen muchas obras preciosas: *La mala sombra*, por ejemplo, es una perfección. Si tuvieran una obra de mayores vuelos, con el mismo mérito, esa sería la mejor comedia española.

—Usted las tiene muy hermosas, D. Santiago.

—No, hijo, no; yo soy un pintor que hace teatro. Es decir: cuando veo un paisaje lo pinto y cuando veo asunto de figuras, en vez de pintarlo lo escribo; para todo me sirve el mismo lápiz hasta que meto el color.

—¿Prepara usted alguna obra?...

—En el Español tengo en ensayo una en tres actos. *Los naufragos*, la título.

—¿Cuándo se estrenará?

—No sé. Sobre el 22 ó 24 de este mes.

—¿Dónde le gusta á usted más estar, don Santiago? ¿En Madrid, París, Barcelona, Granada?

—En ninguna parte más de dos meses seguidos... Menos de este tiempo no sabría decir dónde.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor; una hija por la cual soy abuelo.

—¿Pues qué edad tiene usted?...

—Cincuenta y cuatro años.

—Y de artistas teatrales, ¿cuál es el actor que le gusta á usted más?...

—Borrás, Borrás y Borrás.

Paso á paso y sin darnos cuenta, descendimos por un estrecho y ondulante paselito.

Un banco nos brindaba su apacible sombra. La más soberana soledad.

—¿Vamos á sentarnos?—preguntó el maestro.—Este sitio es muy hermoso. Veán ustedes aquel fondo...

Y con la mano nos indicaba un anfiteatro de árboles á cuyas plantas correteaba un arroyuelo.

—¡Muy lindo y muy poético!—exclamó Campúa.

—¡Precioso!—agregué yo.—Parece un cuadro de Rusiñol, ¿verdad?...



Rusiñol durante uno de sus paseos matinales

FOTS. CAMPÚA

llano, traducido, como usted sabe, por Martínez Sierra...

Hizo una pausa.

—Y desde entonces—prosiguió—ya no tengo otro traductor: hemos formado una especie de sociedad en comandita. Yo escribo y Martínez Sierra traduce.

—¿Cuántas obras tiene usted escritas?...

—Cuarenta y seis de teatro. Muchos sainetes

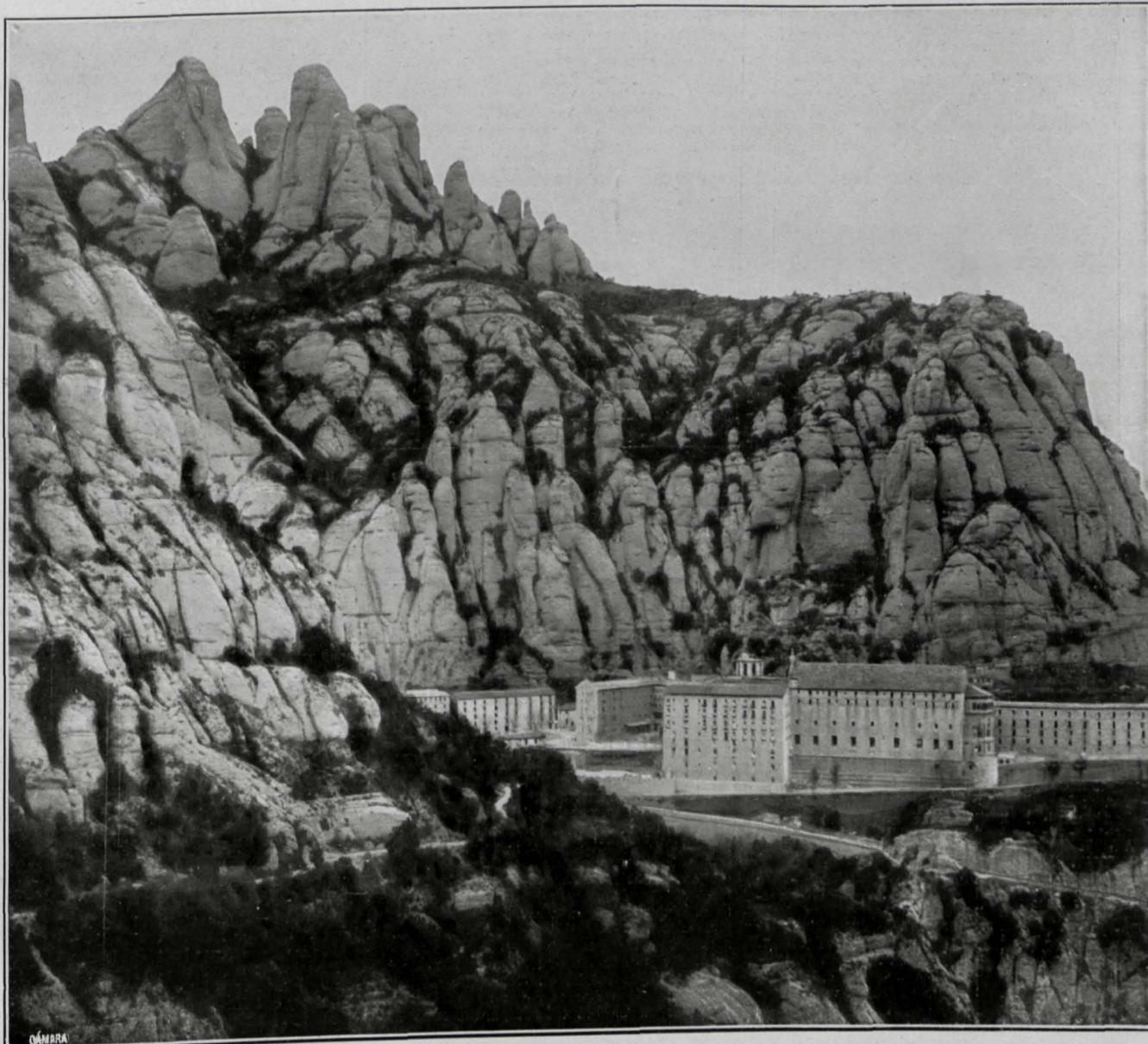
EL CABALLERO AUDAZ

HEROICA HAZAÑA DE UN SARGENTO INGLÉS



Durante uno de los últimos combates en el Norte de Francia, el sargento de Guardias Irlandeses, O'Leary, capturó una ametralladora enemiga después de inutilizar á los cinco sirvientes de la misma con cinco disparos certeros. Por esta hazaña se ha concedido al heroico sargento inglés la Cruz Victoria

DIBUJO DE P. MATANIA



Vista del Monasterio de Montserrat y de las hospederías, desde la ermita de San Miguel

BELLEZAS DE CATALUÑA

LA MONTAÑA SANTA: MONTSERRAT

COMO sucede generalmente con las grandes bellezas naturales, toda descripción del macizo de Montserrat, por muy detallada y brillante que pudiera hacerse, no llegaría á grabar en la mente del lector, ni á reflejar con exactitud, la impresión indeleble de asombro y encanto que se experimenta al contemplar su inmenso conjunto desde Monistrol, pueblecito que se asienta al pie de la colosal montaña y en el cual, viniendo de Barcelona, hay que dejar el camino de hierro para efectuar la ascensión, ó por la carretera que conduce al famoso Monasterio, ó por el ferrocarril de cremallera, que llega hasta su proximidad.

Viendo alzarse súbitamente de las márgenes del Llobregat aquella mole erizada de peñas cónicas, cuya forma no tiene igual en el orbe, «aquel petrificado Briáreo que eleva suplicante sus cien brazos al cielo»; viendo cómo la niebla, á merced de las ráfagas de aire, volteja en torno de los agudos picachos, presentándolos en mil aspectos diferentes y convirtiéndolos la fantasía en almenados murallones y fortísimas torres, cual si fuesen parte de una formidable ciudadela que, como centinela avanzado de Barce-



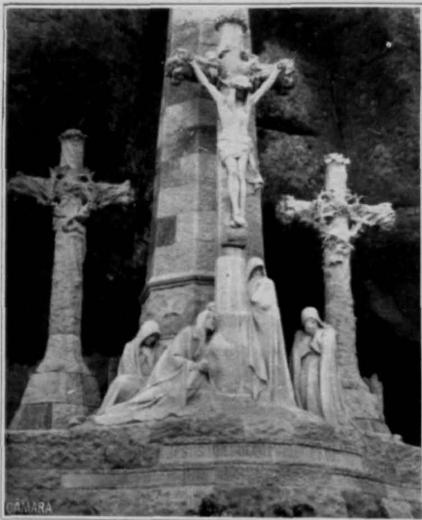
Quinto misterio del dolor en la montaña de Montserrat

lona, se asomara vigilante á los Pirineos; viendo todo esto, y además si se añade la diversidad de efectos que se aprecian en la sierra, ya se la observe partiendo de Igualada, de Manresa, ó de otros puntos de sus contornos, se prueba una vez más la diferencia esencial que existe de lo real á lo pintado.

Para describir tanta grandiosidad no bastaría recordar la frase afortunada de Cervantes de que «la pluma es lengua del alma», pues si bien encierra una gran certeza en cuanto se refiere á las ideas que fundiéndose en nuestro crisol interno determinan reflexiones sobre cosas tangibles, no tiene virtualidad, en cambio, cuando las sensaciones que el alma recibe, proceden de algo que no podemos abarcar con el pensamiento en toda su magnitud, de algo que rebasa los límites humanos. Esto acontece con Montserrat. Tal vez el inmortal *manco de Lepanto*, en presencia de tamaño espectáculo, habría vuelto á exclamar:

«Voto á Dios, que me espanta esta grandeza, y que diera un doblón por describilla...»

Así, pues, penetrados de lo inútil que sería el intento de hacer un trasunto fiel de la realidad,



Calvario nuevo.—Jesucristo y las Marias



Custodias del Monasterio, de valor incalculable



La coronación de la Virgen en el camino de la cueva

limitémos a delinear ligeramente algunos puntos de vista.

Ha habido cierta confusión modernamente en los nombres asignados a esta montaña. Mientras unos han escrito Monserrat, otros la han llamado Monserrate, y por fin ha prevalecido la palabra Montserrat, cuyo significado, *monte aserrado*, está más de acuerdo con la estructura de los buidos riscos que la coronan. En la antigüedad recibió tantas denominaciones como pueblos dominaron en Cataluña. Plinio llamó a este contrafuerte *Mons extorcil*; bajo la hegemonía de Roma, fué el *Mons-veneris*, por haberse erigido en él un templo a Venus, al que las romanas, envueltas en sus vaporosas túnicas, iban a ofrecer flores a la diosa y a danzar en derredor suyo al son de báquicas canciones y, por último, los árabes le nombraban *Gis-taus* (rocas vigilantes).

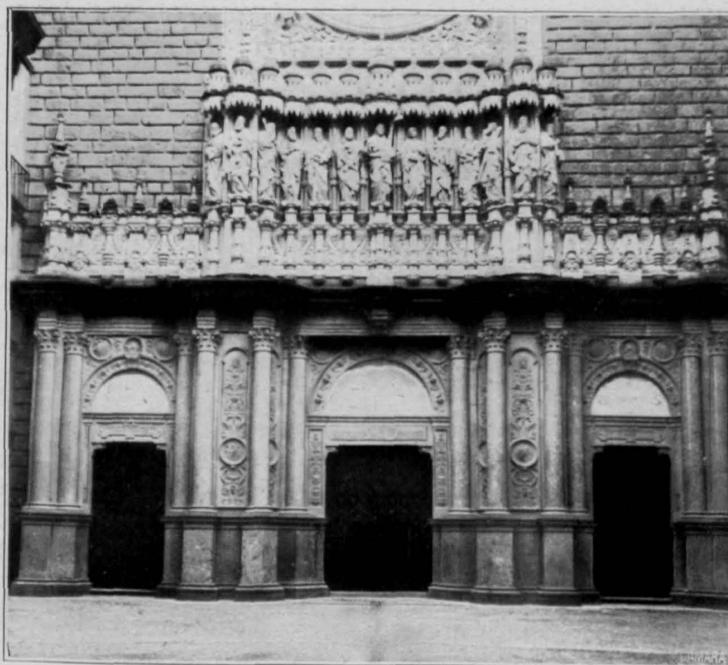
Pero dejemos estas consideraciones y dispongámonos a subir a la sierra, donde hay tanto que admirar.

Ya está en marcha «el cremallera». Apenas atravesado el puente del Llobregat, la velocidad del convoy se hace más lenta. La locomotora trepa fatigosa por la áspera ladera, lanza roncros resoplidos y brama desesperadamente. El monstrio, que en el llano corre altivo y vertiginoso, avanza allí humilde y jadeante. Parece una hormiga que va serpenteando por las faldas de una gigante. Según nos vamos elevando, van decreciendo los terrenos de cereales y viñedos y dejando el puesto a los arbustos, que alcanzan su mayor corpulencia y espesura hacia la mitad del monte. La atónita, indecisa mirada, no sabe dónde fijarse, si allá en el fondo que se descubre un dilatado y precioso panorama, con la villa de Monistrol en primer término, cruzada por el río, ó en las alturas, en las que las pirámides rocosas se agrandan por momentos en enormes proporciones. De pronto todo desaparece. El tren ha perforado la tierra, enhebrándose, por decirlo así, en la montaña. A breve distancia de la boca de salida del túnel hállase la estación de Montserrat, final de la vía férrea, y poco más arriba la plaza que forman el Monasterio y las hospederías, casas de amplia y resistente fabricación, modestamente acondicionadas por los monjes para alojar numerosos turistas y peregrinos.

El Monasterio, vasto edificio de altas y espesas paredes, ha sufrido en el transcurso de los siglos, grandes transformaciones. Una curiosa leyenda hace remontar su primitiva construcción a los tiempos del conde de Barcelona, Wilfredo el Velloso (895), cuya preciosa hija Riquilda, fué violada y degollada por el ermitaño Juan Garín, influido por los maléficos de Belial. Horrorizado el anacoreta, al darse cuenta de la

enormidad de su delito, marchó a Roma a impetrar la clemencia del Papa, el cual le impuso la penitencia de volver a Montserrat de rodillas, sin mirar al Cielo, y hacer vida de mortificaciones y rezos hasta que un niño de cinco meses le concediese la absolución. Efectivamente, luego de haber regresado Garín a su cueva, y en ocasión que fué apresado y llevado ante el conde, quien preparaba la venganza de Riquilda, en ese instante, otro hijo de Wilfredo, de cinco meses, que estaba en brazos de un aya, pronunció la frase de perdón en nombre de Dios. El conde otorgóselo, y acordó fundar un Monasterio en el lugar en que fué enterrada su hija. *Se non é vero é ben trovato*.

Monjas benitas se instalaron en el convento, destinadas al culto de la Virgen, cuyo hallazgo cuenta otra tradición que tuvo efecto quince años antes de la erección del Monasterio. Unos pastores la vieron en una cueva situada entre abruptos peñascales, rodeada de vivos resplandores. El obispo de Vich, Gundemaro, acudió con gentes de Manresa para trasladarla procesionalmente a esta población, pero al llegar a un sitio donde está hoy emplazada una cruz de piedra como recuerdo, la imagen quedó inmóvil, siendo esto interpretado como señal de que quería ser venerada en aquella montaña. Se dice que esta efigie estaba en Barcelona cuando la invasión de los árabes y que los cristianos la escondieron en Montserrat para que no fuera destruída.



Puerta del Monasterio llamada de los Apóstoles

Las tres cuevas más visitadas son: la de la Virgen, la de Garín y la de su pérfido instigador Satanás. Hasta la primera se hizo en 1631, á expensas de la marquesa de Tamarit, un estrecho camino, que es como un balcón volado, sobre profundos despeñaderos y que se le conoce por el «camino de plata» á causa de lo excesivo de su coste.

El conde Borrell, que tantas veces había de soportar las irrupciones del implacable Almanzor en su territorio, substituyó las monjas de San Benito, por frailes de la misma orden, á la que pertenecen los que habitan el actual Monasterio.

El primer edificio lo destruyeron los árabes, volviendo á ser levantado á fines del siglo xv y siendo á su vez incendiado por la tea napoleónica. No queda del antiguo claustro gótico, de bellas y elegantes líneas arquitectónicas, más que un ala y se salvó también el armazón de la Iglesia—de estilo Renacimiento—por la gran solidez de sus muros. Muchas é importantes reformas se han ejecutado allí, en las que se han invertido cuantiosas sumas. Llamen poderosamente la atención el frontis de la puerta llamada de los Apóstoles, y el espacioso presbiterio, donde se encuentra la bella Virgen Morena, suntuosamente ataviada y alhajada, cuyo camarín circular, si en el interior está exornado de pinturas y esculturas de mérito extraordinario, en su aspecto exterior sorprende por su gallardía y elegancia. El coro con el pavimento de mosaico

de madera, la sillería de nogal de caprichosos labrados y el fascistol con cuatro alegorías de los Evangelistas; las valiosísimas custodias y demás ornamentos y vestidos que se guardan en la sacristía; los magníficos cuadros repartidos por todo el recinto, entre los que descuella uno de Cusachs, representando la huida á Egipto; las riquezas del museo en el que se enseña una espada, adornada de piedras preciosas, que se atribuye á Felipe IV, y otras mil cosas artísticas que atesora el soberbio templo, hacen que con razón haya recibido el calificativo de «catedral de las montañas».

Mas ni el creyente que acude lleno de fe al majestuoso santuario, ni los enamorados que arriban á él para santificar su unión, ni el viajero que busca en aquellas altitudes reparación de las fuerzas perdidas en el continuo batallar de la existencia, pueden sobreponerse al irresistible deseo de culminar las cimas de la montaña. Raro será el que no sienta avivada su curiosidad en ese sentido, y en tal concepto ninguna excursión tan atrayente como la del pico de San Jerónimo, que es el de más elevación (1.241 metros).

En efecto, nada hay que supere



CÁMARA

Vista del Monasterio desde la cueva de Garín

POTS. ASEÑO

al sinnúmero de notables visualidades percibidas en el alpestre camino que culebrea por la pendiente. La vista general desde la ermita de San Miguel, del Monasterio y los aposentos que aparecen como incrustados en la piedra; la imponente severidad de aquellos conglomerados de pizarras silúricas, areniscas triásicas y calizas diversas, que la imaginación popular compara con castillos fabulosos, prehistóricos elefantes, ciclopes espantables que se apiñan amenazadores sobre nuestras cabezas y otras cien quimeras semejantes, producen emociones inolvidables.

En ese trayecto hacia San Jerónimo, existen variados y risueños paisajes, que son como rincones poéticos creados ex profeso para que los amantes entonen sus idilios soñadores apartados del mundo. Allí nada interrumpe la excelsa armonía del ambiente, como no sea la alegre greguería de los pajarillos y el suave murmurio de las frondas. Alguien ha dicho que en estos agrestes parajes los hombres se acercan a Dios. Y en verdad, no es extraño que los espíritus religiosos se abstraigan y extasíen en estos lugares de paz, donde todo lo que les rodea les invita a la meditación. En ellos, un poder sobrenatural, ha deramado con tanta munificencia sus tesoros, que el más rebelde y escéptico, pronto siente flaquear su incredulidad y a medida que

se entrega a la reflexión, no pudiendo su limitada inteligencia investigar las causas generadoras de lo que sus ojos absortos admiran, van perdiendo poco a poco consistencia sus falaces convicciones, hasta que se rinde ante la evidencia sublime que la Naturaleza le presenta. Para encontrar explicación del origen de lo que abraza con la vista, necesariamente su raciocinio ha de traspasar los lindes materiales, para escalar las cumbres de la Divinidad, única mano capaz de acabar tan magna obra.

Sin embargo, todas las impresiones advertidas hasta entonces, véñese centuplicadas al ganar la cúspide de San Jerónimo, ante la cual se abren extensos y maravillosos horizontes, enmarcados, de una parte, por el azul del mar, y de otra, por las agruras pirenaicas, cuyas estratificaciones se pierden en la lejanía en un dédalo indescribible. Enfocando los prismáticos, se divisan las Baleares, tan universalmente renombradas por su espléndida vegetación y por su inmejorable situación estratégica. Más acá Barcelona, blasón de España en el Mediterráneo, ocupada por centenares de fábricas, modernos alcázares del Trabajo, con sus torrecillas de ladrillo, que semejan enhiestas hadas de la Industria flotando al viento sus cabelleras. Esparcidas por la llanura, las poblaciones fabriles, donde un enjambre de seres labora activamente por

el resurgimiento nacional, predicado con el ejemplo: Manresa, Igualada, Esparraguera, Sabadell y la trabajadora Tarrasa, que la cultura y el tesón de sus habitantes impidió prendiese en ella la chispa revolucionaria, durante la semana trágica, dando con ello una alta prueba de patriotismo.

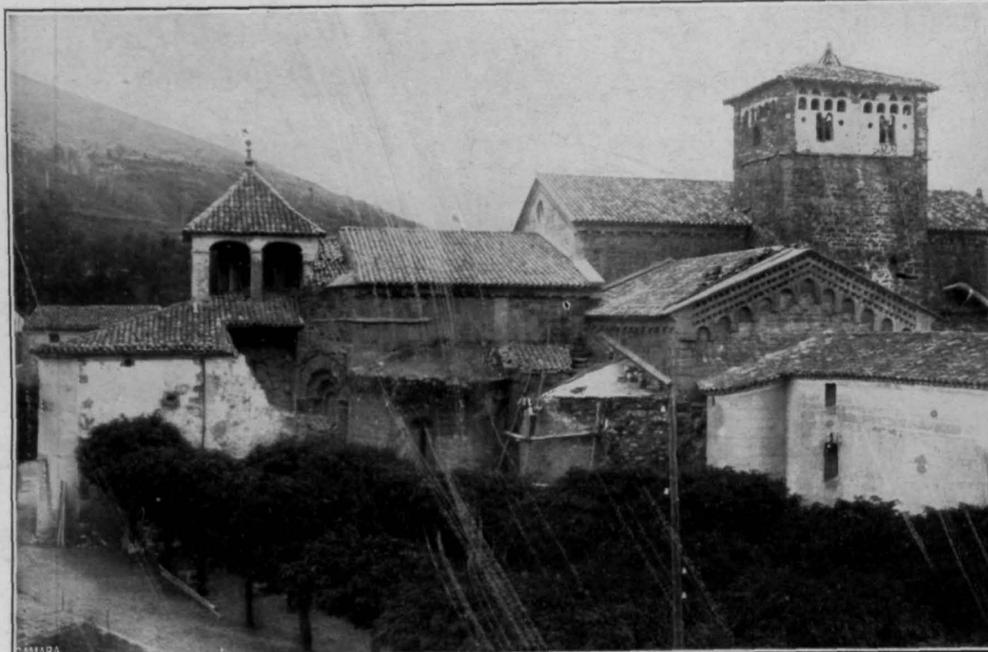
Finalmente, en la base de la montaña, entre salvajes acantilados y precipicios, hállase el Bruch, pueblo de ilustre recordación, en el que las aguerridas huestes francesas de Schwartz y Chabran que se dirigían a Zaragoza, en Junio de 1808, por dos veces hubieron de retroceder a Barcelona totalmente derrotadas, perdiendo en la refriega una bandera que, según es fama, se conserva cuidadosamente por la comunidad de Montserrat.

El viaje de instrucción que, para estudiar *de visu* la constitución geológica de Montserrat, hizo con sus profesores y camaradas oficiales de la Escuela Superior de Guerra, el que esto escribe, dejó honda y perdurable huella en nuestra memoria. Contemplando tantas maravillas, acudían a la mente aquellas palabras de Camoëns, el cantor de las hazañas de Vasco de Gama:

«Vejan os sabios na escritura
que segredos saõ da Natura.»

FRANCISCO ANAYA RUIZ

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA
EL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LAS ABADESAS



Vista general del Monasterio de San Juan de las Abadesas (Gerona)



Uno de los pequeños ábsides del Monasterio

El monasterio que hoy reproducimos en estas páginas, hállase enclavado en el pintoresco pueblecillo, de la provincia de Gerona, que recibió el nombre de San Juan de las Abadesas, por titularse así el monasterio.

Autorizadas versiones hacen creer que la fundación de este monasterio data del año 877 y se debe á Wifredo el Velloso.

Dícese que cuando este rey llegó á tierra de San Juan, después de arrojar á los árabes de toda la llanura de Ansona, y mirando sus tristes y yermos terrenos, acordó fundar en ella un convento de monjas, del cual fué su hija la primera abadesa.

La acción de los siglos y la incuria y el abandono, dieron lugar á que este monasterio fuese decayendo en importancia, hasta el extremo de que la colegiata cuenta en la actualidad con tan

reducido número de canónigos, que bien se puede asegurar, sin temor á incurrir en error, que su muerte está próxima.

Algún tiempo después pasó el monasterio á poder de la canónica agustiniana, que lo restauró con gran primor, embelleciéndole extraordinariamente.

Resultado de aquella restauración, es la iglesia existente en la actualidad, que tiene la forma de una cruz latina perfecta: constituyen las extremidades de su tronco la puerta mayor y el presbiterio, y otras dos puertas sus brazos.

Consta este templo de una sola nave, y sus muros, de extraordinaria solidez, son el inmediato apoyo de sus bóvedas de cañón seguido. El arranque de estas bóvedas consiste tan sólo en una moldura de gran sencillez. Dos columnas, de planta polígona, hay únicamente en toda

la iglesia á la entrada del presbiterio, y no llevan sobre sí, directamente, el arco de triunfo, que parte de un punto mucho más elevado.

No obstante la severidad y sencillez del templo, su aspecto general es grandioso, por la amplitud de la nave, la altura de las bóvedas y lo espacioso del crucero y el ábside.

Esta iglesia, cuyo principal mérito consiste en lo antiquísimo de su fundación, no cuenta con objetos ni reliquias de gran valor artístico, pues no pueden considerarse como tales los toscos relieves que el coro mayor tiene bajo su cornisa y que representan las principales escenas del Nuevo Testamento, entallados en caracteres góticos. La reliquia más preciada que posee este monasterio, consiste en una Sagrada Forma consagrada en 1251, que se conserva perfectamente, á pesar de los muchos siglos transcurridos.

EL CIRCUITO MARROQUI

El concurso más duro celebrado en 1914, fué ganado, como en 1913, con gran superioridad

POR

- | | | | |
|--------------|---------------|-------------|---------------------|
| 1.º MOTZ | (con NSU) | 3.º RIVIERE | (con Métallurgique) |
| 2.º ROUVEROT | (con Peugeot) | 4.º GALLIAN | (con Métallurgique) |

(4 COPAS)

sobre

NEUMÁTICOS

CONTINENTAL



1.º Motz

En el Bler

TIPOS

PLANOS : TRES NERVADURAS : ROUGE FERRÉ

MADRID: SAGASTA, 6

BARCELONA: PASEO DE GRACIA, 61

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS
PARA ESTE PERIÓDICO, EN LA

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

Venta de números sueltos

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

UNA PASTILLA VALDA

EN LA BOCA
ES UNA GARANTÍA DE PRESERVACION

de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

ES LA DESAPARICION INSTANTANEA
de la sofocación, accesos de Asma, etc.

ES LA RAPIDA CURACION
de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

PEDIR, EXIGIR

en todas las farmacias

LAS LEGÍTIMAS PASTILLAS VALDA

que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50

y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ía} Barcelona.

Fórmula: 0.002
Menthol: 0.002
Eucalyptol: 0.0025
Azúcar-Colorant.

LA TISIS PUEDE SER CURADA

Descubrimiento de un Remedio contra la Tisis



Dr. Derk P. Yonkerman, el Descubridor del Nuevo Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aún en los periodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indisputable cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Yonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padezcan de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro, ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección á la Derk P. Yonkerman Company, Ltd., Departamento 670, 6, Bouverie Street, Londres, Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, á vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfrio de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA
Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :: : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 :: :

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confeccionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)
HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

PENAGOS

JABON FLORES DEL CAMPO

PERFUMERIA FLORALIA

ES EL PREDILECTO DEL MUNDO ELEGANTE

1,25 PASTILLA

PASTILLA DE PROPAGANDA, **0,30**

Creación de la Perfumería Floraria :: Granada, 2, MADRID

